

ÁNGELA MARÍA.

I.

Ángela María es el nombre de una fábrica de productos resinosos. *Ángela María Pérez de Barradas* es el nombre de una dama más ilustre por sus propios méritos que por el brillo que puedan imprimirle los títulos de duquesa viuda de Medinaceli y de Santistéban con que la conocen, tanto las clases aristocráticas como las que necesitan los auxilios de la caridad.

En esa fábrica, y atendidos por esa elevada señora, que afina y embellece cuanto se halla al alcance de su mirada, hemos pasado días agradables García Martino, Pedro de Alarcon y yo, siempre admirando los contrastes que nos ofrecían la naturaleza, el arte y la industria. Cada uno de nosotros representaba allí algo: García Martino, como hombre de ciencia, como naturalista, como inspector general del Cuerpo de ingenieros de montes; Pedro de Alarcon como artista y como poeta; y yo, que apenas tenía allí, ni podía tener, más representación que la que me dan mis quizá desmedidas aficiones industriales. Por eso no era extraño ver á Martino examinar las entalladuras practicadas en los pinos; á Alarcon absorber la fragancia de los heliotropos, las rosas y los geranios, y á mí permanecer al lado de la retorta, comparando breas y colofonias, y cantando el aguarrás.

Cada uno de nosotros tenía su centro de acción: *Ángela María* era el foco de todo, y de ese foco irradiaba la luz. *Ángela María* describía un pino, explicaba una flor y discutía los métodos de destilación de la trementina. Me acuerdo que en un momento en que el parque se hallaba iluminado con piras de Bengala, y en que la duquesa se hallaba dulcemente preocupada con los delicados comentarios que Alarcon estaba haciendo acerca de una dolorosa poesía de Alfredo de Musset, vino el administrador de la fábrica á consultar algunas dudas que se le ofrecían sobre una transformación especial de la resina, y la aristocrática duquesa se transformó á su vez en *Ángela María*, y resolvió de plano el procedimiento. Un minuto después la duquesa exprimía y saboreaba gota á gota con su talento y su sensibilidad las dulzuras que se desprendían de los versos del poeta francés y de las atinadas observaciones de Alarcon.

TOMO V.

II.

Al poniente de Madrid, entre las divisorias del Tajo y del Duero, en las ondulaciones que corta y atraviesa el camino de hierro del Norte y entre las estaciones de Robledo de Chavela y Navalperal, se hallan los estados conocidos con el nombre de las Navas del Marqués, pertenecientes á la casa de Medinaceli. Figúrense nuestros lectores un espesísimo monte de pino marítimo, de seis leguas cuadradas de superficie, cuyo pasto bajo lo constituyen la olorosa jara comun y una alfombra de tomillos, mejoranas, torbiscos, retamas y romeros, que despuntan millares de cabezas de ganado cabrío, produciendo esa nunca bastante ponderada leche de las Navas, que no tiene rival en ninguna otra region de la tierra, y tendrán una ligera idea del bordado manto que cubre las rocas graníticas que forman el subsuelo. Pocos años há, aquello era una mansion agreste y enmarañada, como las maniguas americanas y como las intrincadas y medrosas selvas indias que nos describe Pöe. Allí, no en consorcio, sino en cruda guerra, el águila real perseguía al cabritillo, el buitre al conejo, el zorro á la perdiz, el lobo al ciervo, y mordíanse, arañábanse y devorábanse el gato montés y el tejón, el cernícalo y el grajo, la garduña y el turón, y la culebra, la víbora y otra porción de alimañas y salvajinas. Era aquello un *pandemonium* de desconcierto, un infierno de animales, que pudo servir de inspiración á aquel comunista amigo de Courbet, que hace cinco años embriagaba á los habitantes del *Marais* predicándoles acerca de la *manducation fraternelle de l'homme pour l'homme* y que terminaba con aquella extravagante fórmula de: «*Mangeons nous les uns á les autres.*»

Aquella destructora república, que vivía á la sombra del escudo de los Medinaceli, debía estar presidida por algún fauno rabioso, que huyó al poner su planta leve sobre aquellos tomillares la bellísima Duquesa. Propúsose esta dama hacer allí un nuevo Jericó, y no tuvo más que pensarlo para que lo ejecutase *Ángela María*.—¿Cómo lo verificó?—Veámoslo á vista de pájaro.

III.

Desde la estación de «Las Navas» hasta el centro de la region florida que preside el *Châlet*, hay un hermoso camino de un kilómetro de extensión que

recorrimos en un espléndido carruaje á la *Dumont*, cuyos caballos, pintorescamente enjaezados y su postillon lujosamente vestido, pōdian servir de modelos en Epton, en Compiègne y en las *villas* de Pieghi que embellecen la antigua Liguria.—No entremos en el *Châlet*; subamos para orientarnos al *mirador* que, sobre un grupo colosal de rocas, se ostenta atrevido y elegante, con sus fáciles avenidas, sus esbeltas escaleras de hierro, sus festones y preciosa cúpula.—Desde allí, todo lo dominaremos; todo lo veremos; de todo podremos darnos cuenta.

Nuestra primera impresion fué acordarnos de la inolvidable Lombardía. En aquellas extensísimas llanuras de esmeralda bordadas de moreras, enlazadas por festones de parra, son necesarios los *Bel-vedère* para espaciar la vista y encontrarse ante los múltiples y variados accidentes y colores con que el sol, las sombras y la luna, irisan y embellecen aquellos horizontes. Desde el *Mirador* del Guadarrama vimos la poblacion urbana distribuida en el monte á manera de los *Gaards* de Suecia: hicimos cargo de la orografía y topografía de la finca, encerrada, digámoslo así, en setos de piedra formados por las montañas que la circuyen, cuyas vertientes se hallan tapizadas de verdura que el aire acaricia imprimiéndoles un balanceo idéntico al que las brisas del Adriático dan á las mansas y tranquilas ondas de las lagunas del Lido, y que en el monte vienen ondulando hasta besar las flores del parque.

Muchas veces hemos contemplado la lucha de Ceres y de Flora, ó sea del campo y del monte, tan enemigos entre sí. A semejanza de la guerra á muerte que en Holanda hace la tierra al agua, cuyo dominio invade el campo, aquí el cultivo hiere, corta y roba al monte la vegetacion espontánea, trazando líneas secas y duras que sublevan la sensibilidad del hombre ménos artista.—Cuando atravieso un bosque y veo la inexorable recta que deja el arado dentro de la vegetacion natural, encuentro irregular la regularidad, y el dorado rastrojo, contrastando con la variedad de la verdura, hiere mi vista y apaga mi entusiasmo.

Así ha debido sentir también la Duquesa; porque los límites entre el *parque* y el *monte* están diluidos y mezclados: no hay una línea seca, ni una muralla, ni una cerca, ni un seto, ni un foso que geométricamente corte al monte en beneficio del cultivo, sino que poco á poco y lentamente el bosque va cesando para dar lugar al jardín, así como los colores fuertes van degradando en colores medios y desvanecidos, ó á la manera que van aclarándose los grises que forma la vasta generacion de matices producida por la union del blanco y del negro.

¿Qué se descubre desde el *Bel-vedère*? Diferentes sendas y veredas, que culebrean en el bosque y

conducen al parque por entre bosquetes, praderas, canastillos, fuentes y estatuas, y converjen (con la belleza de la *irregularidad* que tanto hermosea á Hampton Court) en las avenidas del *Châlet* y de los demas edificios de la colonia. Esas cintas de arena se ven sombreadas por árboles frutales, por diferentes clases de robinia, y festoneadas y adornadas con cortinajes de madreselvas y parras, y bordadas con fresones, fresas, heliotropos, margaritas, rosales, fúxias, claveles, tréboles y todo cuanto los jardineros belgas aprecian y acarician. La teoría, la aplicacion y la ejecucion de todo el arte, de toda la industria que en sí envuelve el perfeccionamiento, la aclimatacion, la hibridacion y la colocacion de estos bosquetes, que se aclaran, se funden y se entrelazan como los claro-oscuros del celaje sobre los horizontes, obra exclusiva son de la Duquesa y de *Ángela María*, doble sér que asume en sí la idea agrícola, la invencion artistica y la acometividad industrial.

La vegetacion que desde el *Bel-vedère* contemplábamos conducía nuestra imaginacion á las regiones más apartadas. Los cedros libanitas nos recordaban la Siria; la variedad de los abetos, á las majestuosas colinas de la Carinthia; las araucarias, á Tasmania, y los castaños de Indias á Delhi y al Eufrates. Allí hemos visto la flora exótica luchando en lozanía y en magnificencia con la flora indígena. La acacia de tres púas, el serval y una notabilísima variedad de áceres viven allí amorosamente, entrelazando sus ramas, besándose sus hojas, mezclando sus alientos, comunicándose sus fragancias, deleitándose mutuamente con el murmullo de sus ramas, y cobijando en la frescura de sus sombras á pajarillos bullidores y á matizadas mariposas.

En medio de ese magnífico ramillete que vive con todo el lujo de la más esplendorosa vegetacion, aparecen como botones riquísimos el *Châlet*, la *Granja*, la *Capilla*, el *Salon de baile*, la *Casa de baños*, el *Teatro*, el *Cuartelillo de la guardia civil*, las *Casitas* de los obreros y los albergues de los guardas. Si la naturaleza de la vegetacion del parque nos ha conducido á las regiones más apartadas, los edificios que contemplamos nos llevan á otros sitios, á otros lugares y á otras ideas.

El *Châlet* es suizo puro; pero no de la Suiza afrancesada de Interlacken, ni de la alemanesca del lago de Constanza, ni de la rhiniana de Schaffhausen: es el estilo helvético genuino, que no se contempla más que al lado de las cascadas de Meiringen, en los musgos de Rosenlawi y en los líquenes y en las grutas de esmeralda de los hielos de Grienwalden. No se asienta, en verdad, sobre una pradera de flores de los Alpes; pero le envuelve una cortina de madre-selva y le rodea una peana de flores que son el pebetero natural de la mansion

de la Duquesa. El *Châlet*, todo de madera, es de tres cuerpos y puede dar albergue cómodo y elegante á veinticinco personas. En el piso bajo se halla situado el salon, el comedor, la sala de billar y la azucena, donde de noche se recoge la nereida. El piso principal es la hospedería de las damas convidadas, y el segundo la de los caballeros, ocupando la servidumbre unas muy confortables bohardillas.—Hablar del mueblaje sería interminable y hasta ocioso: la combinacion del gusto, del lujo y de la sencillez es encantadora. Los muebles son de pino barnizado, incrustado, ensamblado y torneado hasta la maravilla, y no hay más que mirarlos para comprender que por ellos ha velado la idea inteligente de la Duquesa y la potente accion industrial de *Angela María*. Si queremos hallar la mano de la Duquesa, contemplemos la cerámica de Deck, del salon, y las acuarelas de Llovera, el catalán, en el escritorio general de los caballeros.—Ni Martino, ni Alarcon ni yo las conocíamos, y no sería justo si no aprovechara esta ocasion para alabar la coleccion de *Las sotas*, *La cacería de pollos en Jauja* y el paseo de *El prado en el día del juicio final*. La fantasía de Llovera se remonta á grande altura, y su inventiva es inagotable. No dudamos en asegurarlo: si Llovera, que, segun tenemos entendido, está encerrado en el interior de una botica de Barcelona, quiere dar días de gloria á su país y que dentro de poco no se eche de ménos á su compatriota el malogrado Fortuny, dé rienda suelta á sus impresiones y haga acuarelas realistas como las que posee la Duquesa de Medinaceli.

Entre las «*arpas del desierto*,» como ha llamado Arolas á los pinos, se elevan varias cúpulas que revelan la existencia de la *granja*, cuyo magnífico reloj ajusta las horas del trabajo y del descanso. El estilo es tambien suizo, pero más moderno, como el que se usa en el Flüelen; pero el plano y la distribucion más se asemeja á la *isbah* de Novogorod que á el uso de los labradores de las orillas de los lagos. El orden y el método que reinan en este recinto son admirables.

La *capilla*, naciendo entre un bosque de geranios, nos recuerda el gótico filigrana de las iglesias de Istria, que sin perder nada del orden tudesco tiene ciertos encajes y calados para facilitar el acceso de la luz que encantan y deleitan por todo extremo. Cuando al declinar la tarde entra *Ángela María* en el sagrado recinto, envuelta en la negra mantilla española, acompañada por sus amigos y escoltada por su servidumbre, y se arrodilla y apaga la ardiente mirada, y concentra sus pensamientos que se calman, y eleva la plegaria á la VIRGEN, hay algo que hace estremecer dulcemente el corazon, de la misma manera que hace sentir Lamartine en la salve de *Graziella*.

Allá entre las rocas se descubre una chimenea gigantesca; más allá un lago; en ese lago un embarcadero, y en ese embarcadero un *gig* inglés. Creíamos ver en el lago una náyade, pero no era otra cosa que el reflejo de la cara de *Angela María*, retratada en las aguas, como lo estaban los escudos, las almenas y las saeteras con que Bussato, el aplaudido pintor escenográfico del teatro Real, ha adornado el exterior de la casa de baños. La inteligencia con que está aplicado y distribuido el percal en esta casa, es digna de mencion y de estudio: el que quiera saber cómo se hacen marcos de cuadros y de espejos con el percal, que lo aprenda en *Ángela María*.

Un edificio octógono con una cúpula rara, de estilo entre húngaro y bulgario nos llama la atencion. Es el *salon de baile* unas veces, sala de café otras, y muchas gabinete de labor y retiro de lectura. Aquí se ven juntas á la Duquesa y á *Ángela María*. Mézclanse los entrepaños de pino de las paredes con magníficas colgaduras de reps sostenidas con galerías de porcelana. Hay en el salon una mesa de madera de un trabajo preciosísimo, buenas estatuas y unas jardineras de porcelana decorada de lo mejor que ha hecho Minton en sus fábricas del Trent; pero lo que llama la atencion por la belleza de la desigualdad es que entre las numerosas sillas que el salon tiene, no hay dos iguales ni semejantes; y el que quiera conocer el mostruario de los vestidos que ha usado la Duquesa no tiene más que ver las ricas y variadas telas con que las sillas están forradas. Observé, sin embargo, que la Duquesa, al acompañarnos en esta visita, vestía un traje de percal de á tres duros el corte. Era el traje de *Ángela María*.

El Teatro es más notable por su construccion que por su valor. Todos sabemos que la Duquesa rindió culto á Talia dando el soplo de la vida, como decía Barroso, á las bellísimas estatuas que cincelan los poetas, y demostrando que la manifestacion de la filosofía de las pasiones, de que nos habla Lekain, no es ajena á su clarísima inteligencia y á su manera de sentir. La sencillez del teatro campestre nos llevaba con la imaginacion á Marly, y alguno de sus adornos á la Cámara de Potemkin en Moscow.

Distínguense desde el *Bel-vedére*, como bandas de palomas reposadas en los pinos, las casas de los guardas y de los obreros. En esos albergues ha desplegado *Ángela María* su idea del bien. Su cariñosa solicitud quiere el bienestar de las familias que bajo su amparo ayudan á la vida con el aromático fruto del trabajo.—Una torrecilla cilíndrica se ve entre un ramillete de pinos; tiene atributos guerreros. ¿Quién vive allí? La guardia civil, que alegra la vista, infunde confianza, inspira sosiego y

derrama tranquilidad. Siempre que veo á uno de esos millares de hijos de mi malogrado amigo el difunto duque de Ahumada, figúrome ver incrustado en él el espíritu caballeresco del que fué el primer guardia civil de la nación y cuya memoria es tan digna de respeto.

Algo más columbramos que se había escapado á nuestra investigación: una marquesina de estilo inglés, que parece brotar entre canastillos de flores. Ella nos brinda sombra y sosiego; los heliotropos nos dan su fragancia, la cercana fuente su armonioso murmullo, el céfiro su grata frescura. Ocultémonos en ella, y allí, fuera de la vista de todos, hagamos al lápiz estampar nuestras impresiones del momento.

Pasa una hora: la campana llama á comer... ¿Será preciso explicar el sencillo lujo, la delicada atención, la distinguida finura con que la Duquesa obsequia á sus amigos? Examinando los ramilletes de la mesa, dignos de un banquete real; contemplando los adornos del comedor; saboreando manjares delicados, y oyendo la inteligente conversación de la Duquesa y la chispeante, discreta y amena plática de *Ángela María*, se experimenta el efecto sintético que se nota al aspirar la fragancia en un ramillete de escogidas flores; no se siente el aroma individual de una, pero sí un conjunto que embalsama y hace vibrar suavemente las apenas perceptibles fibras de la vida del espíritu.

IV.

Aprovechamos la mañana siguiente para hacer nuestra visita á la fábrica.

Ángela María no puede acompañarnos; tiene que escribir la correspondencia de sus rentas y de sus industrias, decretar y despachar sus expedientes. Cierto que hubiera podido dejar todo esto un día, pero comprendemos que un sentimiento delicado la impulsa á dejarnos estudiar con libertad su obra, y no cumple á su modestia recibir nuestros plácemes, ni á su sinceridad fiscalizar nuestras impresiones. Quiere que podamos preguntarlo todo sin embarazo alguno. A Martino, á Alarcon y á mí nos acompaña D. Alfonso, hijo segundo de la Duquesa, que en su día tendrá que sostener la tradición de la obra que su esclarecida madre pensó, estudió y creó.

Rodeada la fábrica de cuatrocientos mil pinos tajados por la mano del industrial, la sangre que brota de ese millon y seiscientas mil heridas, renovadas frecuentemente, va destilando poco á poco en tazas de barro, muy pronto llenas de una sustancia blanca y viscosa que unos conocen con el nombre de resina y otros con el de miera. Esta materia se recoge diariamente en grandes cubas que las carretas conducen á un depósito, desde el cual, con el auxilio de un tram-via de mano, entra á sufrir las trasfor-

maciones necesarias para producir la brea negra, la blanca, las colofonias, la trementina y la esencia. Setenta y cuatro resineros fijos hacen y renuevan las heridas de los pinos; treinta y cuatro recogedores embarrilan la resina; veinte carreteros la conducen á la fábrica; dos cuberos distribuyen; y todas estas operaciones se hallan vigiladas por un administrador, un inspector, un guarda-almacen, tres guardas montados y diez peones, no incluyendo aquí los diez y ocho guardas que, bajo la dirección de un sobre-guarda, vigilan el pinar. El motor de la fábrica lo constituye una máquina de vapor de siete caballos.

La miera se coloca en el monte, como ya hemos dicho, en barricas de á 250 kilogramos cada una, construidas por los toneleros de la casa. Unida esta cifra á la de las barricas destinadas á envasar la colofonia, llegan á dos mil anuales las que se hacen con pino del propio monte y aros de castaño. En la fábrica hay tres enormes pailas y un alambique donde se van depositando gradualmente la miera, las colofonias, la trementina y el aguarrás. En la primera se purifica al calor, bajo la inspección de un destilador y de un trementinero. Allí se elabora la colofonia de tercera clase, y quedan unos desperdicios de los cuales se sacan las dos breas, la negra y la clara. Si la colofonia saliese roja, la operación no sería perfecta, pues para ser aceptable al comercio necesita tener la transparencia del caramelo y el color del aceite. Trasladada la colofonia de la tercera paila á la segunda, se verifica el reposo y la segunda purificación, y de ahí pasa á la primera, donde se perfecciona, separándose la colofonia y la trementina, que pasa á la retorta para producir la esencia bautizada por el comercio con el nombre de aguarrás. Cada una de esas pailas tiene la cabida de 1.625 kilogramos.

Practicadas esas operaciones resultan los siguientes productos de la resina en bruto que da el monte:

1.ª DESPERDICIOS consistentes en corteza, ramas, maderas y despojos.—Esta masa comienza á utilizarse como abono, pudiendo ser de gran efecto en los arrozales mezclándolos con ciertas sustancias.

2.ª BREA NEGRA. Se extrae del desperdicio y se aplica al calafateo, al revestimiento de la pellejería, de las tinajas y de las cubas para envasar ciertos líquidos, á la construcción de hachas de viento y á esmaltar techumbres.

3.ª BREA CLARA. Es la purificación de la negra, y se emplea en la satinación del papel y del cartón, en el aderezo de ciertas telas, y en la fabricación del jabón, cerillas y bujías, y en untar los ejes de los carruajes.

4.ª COLOFONIA. Las clases primeras, segundas y terceras, que son las que en la fábrica se hacen, y cuya transparencia y finura nada dejan que desear,

se aplican á la construcción de barnices y lacres, y á la formación de toda esa familia de masas pegajosas conocidas con el nombre de *masties*.

5.ª ESENCIA DE TREMENTINA Ó AGUARRAS. Se aplica también á diferentes clases de barnices, á materias secantes, al apresto de ciertas telas, á bruñir maderas, y á la limpia de objetos, con especialidad á la industria de quitar manchas.

El producto medio anual de esta fábrica, consiste en:

120.000	Kilogramos de aguarras.
460.000	— de colofonia.
10.000	— de brea clara ó pez rubia.
5.000	— de brea negra.

Los precios medios de estos productos son:

	Pesetas.	Kilo-gramos.
La brea negra á.....	10	100
La brea clara á.....	12,50	—
La colofonia de 1.ª clase á.....	13,75	—
La idem. de 2.ª idem. á.....	15,25	—
La idem. de 3.ª idem. á.....	20	—
La esencia de trementina ó aguarras á.	41,25	—

El precio del desperdicio ó abono no está fijado todavía.

Las pérdidas de material que se experimentan entre la primera y última operación, es decir, entre el envase de la resina hasta la producción de la esencia de la trementina, se calcula, por término medio, en la fábrica *Ángela María*, en 33 por 100. Prueba es de afinación inteligente en los trabajos; pues recordamos, si no estamos equivocados, que en algunas fábricas austriacas, y aún en algunas de las de las Landas francesas, las pérdidas suben á 37 y aún á 39 por 100.

De 250 kilogramos de trementina se obtienen:

58	de esencia.
185	de colofonia
7	de pérdidas.

250

Las colofonias de primera clase salen líquidas y se depositan en moldes de zinc, donde se enfrían las tortas, resultando con un peso aproximado de 30 kilogramos cada una. Diez tortas bastan para llenar una barrica, y los intersticios se rellenan con colofonia líquida que une los panes y forma, cuando se enfría, una masa general adecuada al molde del envase.—Cada treinta y cinco minutos se hace un cocimiento.

El aguarrás, limpio, puro y diáfano como las cristalinas aguas del Guadarrama, se conserva en veinticinco depósitos de cobre y tres de zinc, de cabida de 2.200 kilogramos cada uno, lo cual da un total de 50.000 kilogramos próximamente. Para el transporte á los mercados, se utiliza la vasijería de

madera con que los norte-americanos nos envían su petróleo.

Proyectada la fábrica en 1870 con el pensamiento, con el estudio y con la ejecución de *Ángela María*, surgieron grandísimas dificultades. En un país cuyos habitantes no se relacionaban más que con las cabras, los pinos y los pucheros que construyen para la leche, y donde no se tenía la menor idea de las industrias agrícolas, químicas y mecánicas, *Ángela María*, corazón ardiente y valeroso, acometió la empresa de traer una colonia de resinadores extranjeros, compuesta de siete maestros y diez obreros, de los cuales, no queda ya en la fábrica más que el maestro destilador, que percibe una dotación anual de cuatro mil pesetas, á vuelta de otras adeudas, gajes y emolumentos dignos de la generosa administración de *Ángela María*.

No fué esto todo: *Ángela María* costeó de su peculio la educación industrial en el extranjero de dos personas, á quienes envió á estudiar, las cuales han correspondido debidamente y desempeñan en la actualidad los cargos de administrador é inspector de la fábrica.

Desde entonces se han hecho y se siguen haciendo mejoras, y se promueven adelantos para llevar la fabricación al progreso posible. Bombas para elevar las aguas por medio del vapor; un aparato Dromac para descomponer, depurar y extraer los desperdicios que pasan luego por el alambique, á fin de sacar el aguarrás y la colofonia, y un grandioso depósito de hierro, cuyas planchas solamente pesan 9.000 kilogramos, para conservar el aguarrás, con una cabida de 120.000 kilogramos. El edificio de granito en que se encierra es notable por su fortaleza.

Otros proyectos bullen hoy en la mente de *Ángela María*, mezclándose con las ideas rosadas de la Duquesa; pero estos proyectos han sido sorprendidos, y sería una traición consignarlos aquí. Una sola cosa diremos: si los proyectos se realizan, los pobres estarán de enhorabuena.

Los productos de la fábrica están ya juzgados y enaltecidos por la ciencia y por el comercio. Los mercados de Liverpool, Amberes, Barcelona, Sevilla, Cádiz, Alcoy y Santander, donde se consumen, son la prueba del valor que tienen los talentos industriales de *Ángela María*.

V.

Hemos dicho que uno de sus ilustres hijos ha de ponerse al servicio de la casa de Medinaceli, para conservar la tradición de la ciencia y del trabajo, iniciada por su distinguida madre. Este hijo entrará dentro de poco en la Escuela de Montes del Escorial en demanda del título de ingeniero forestal. Para nosotros, este será el acto más grande de la

vida de *Ángela María*, y nos trae á la memoria el siguiente párrafo, escrito por mi antiguo compañero el estadístico belga X. Heuschling, en su interesante libro «*La noblesse artiste et letree,*» que viene aquí de molde:

«*Rappelons, en terminant, qu'il-y-á à peine trois siecles que des nobles regardaient encore comme un honneur de ne pas savoir écrire; il n'est pas rare de rencontrer dans les actes publics de cette époque, qui correspondent au regne de François premier en France des mentions comme celle-ci «LEQUEL N'A PAS SIGNÉ» ATTENDU SA QUALITÉ DE GENTILHOMME.»*

Los hijos de *Ángela María* harán contraste con la nobleza del tiempo de Francisco I y de Carlos V, y no valdrán ménos para su patria empuñando la azuela y la podadera, que hayan podido valer aquellos de sus antepasados que, no sabiendo leer ni escribir, emularan las glorias de Pescara y de Antonio de Leiva. Olvidémoslos, y aplaudamos la nobleza tal cual la entiende y la enseña *Ángela María*.

J. EMILIO DE SANTOS.



HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN SUIZA.

Suiza.—Modificaciones de su constitucion en el presente siglo.—Tendencia progresiva hácia la unidad.—Partidos reaccionarios ó católicos, y radicales ó protestantes.—Insurrecciones cantonales.—Asociacion política obrera nacional de Ginebra.—Sentido reformista de las clases jornaleras.—Tendencias diversas de los republicanos suizos.—Fundamento de la federacion helvética.—Estado social de Suiza.—De la beneficencia de las casas de trabajo y de la instruccion popular en los cantones principales.—El principio de asociacion es la base de la emancipacion de las clases obreras de Suiza.—Consideraciones.—Demócratas socialistas.—Diferencias entre la Suiza alemana y la Suiza francesa acerca de la revolucion social.—Ventajas de la asociacion obrera en Ginebra, Lausanne, Zurich, Grütli, Bale, Locle, etc.—Movimiento cooperativo: bancos populares, sociedades de consumo y produccion.

Entre los pueblos de Europa que más racional y pacífico sentido han demostrado en la revolucion democrática, se cuenta el pueblo suizo, el cual ha sabido á la vez sacudirse de toda influencia extraña que pudiera mantener en pleito constante sus límites nacionales. A principios de este siglo cambiaron los suizos la constitucion de sus cantones, trasladando el gobierno de manos de una aristocracia orgullosa y opresora á poder de los hombres que más se habían distinguido por extender en Suiza las conquistas liberales de la revolucion francesa. Quedó entonces disuelta la confederacion, y en su lugar se estableció la república una é indivisible, con cinco directores y dos consejos legislativos nombrados por el voto popular. Las distintas clasificaciones de nacionalidades y los arre-

glos políticos que determinaron las victorias de Napoleon I, las convulsiones europeas y las incorporaciones de unos á otros Estados que se produjeron con la formacion de la llamada Santa Alianza, las revoluciones de Francia en Julio de 1830 y Febrero de 1848, modificaron sucesivamente la república helvética, primera de las confederaciones democráticas de Europa, pero siempre con un más claro sentido liberal y progresivo, tras de largas luchas religiosas y en medio de graves dificultades internacionales que aún sostienen los gobiernos reaccionarios de otros países ante la república que sirve siempre de asilo seguro á los emigrados políticos.

La tendencia actual de la república suiza hácia la unidad está bien dirigida por los que miran el progreso como una ley que ha de juntar y organizar en las esferas políticas y sociales lo que debe estar junto y organizado, de una manera propia, natural y espontánea, aunque guardando un sagrado respeto á la libre accion y justa relacion de las diversas partes que forman juntas la nacion. Los reaccionarios y ultra-católicos contrarian este espíritu progresista de los demócratas suizos, atizando desde 1830 el fuego de la insurreccion cantonal contra las nuevas constituciones, viéndose obligado el gobierno en 1840 y 1841 á inspeccionar la Iglesia católica y vigilar sus obispos, á establecer la libertad de enseñanza y destinar los bienes conventuales á la administracion municipal, para la instruccion y beneficencia públicas. Tal oposicion entre radicales y conservadores, apoyados los últimos por los jesuitas y separatistas, dirigidos los primeros por los protestantes y demócratas, mantiene en constante lucha civil la república helvética; pero afortunadamente ha llevado y sigue llevando la ventaja el liberalismo sobre el catolicismo avasallador é intolerante de Roma, hasta modificarse la constitucion en 1848 con un criterio todavía más democrático que el que inspiró las reformas anteriores, centralizando y unificando la accion gubernativa, y dando una representacion al pueblo en la Asamblea nacional al lado de la representacion cantonal.

Desde entónces, hasta nuestros dias, ha influido notablemente en la marcha de la democracia suiza la llamada *Asociacion política obrera nacional de Ginebra*. Conforme ésta en la nueva revision de la Constitucion federal, aceptó la libertad de conciencia, la libertad industrial, el matrimonio civil, la instruccion obligatoria y gratuita, los derechos de reunion y peticion, la abolicion de portazgos, la proteccion á los obreros de las fábricas y la reforma legislativa sobre bancos y caminos de hierro. Ciertamente es que el sentido reformista de 1872 no satisfizo enteramente á los demócratas, pues que dejaba de ajustarse en un todo á las necesidades de los tiempos modernos, y en muchos puntos de gran trascendencia en el orden civil, en el político y en el social, manteníase fiel á la tradicion

legal de Francia y Alemania; es decir, que los legisladores suizos seguían inspirándose aún en el derecho romano y en el antiguo derecho germánico, quizás con el propósito de cambiar poco á poco el organismo federativo de la república por otro unitario y centralizador (unidad de legislación y centralización militar). De aquí que la *Asociación política nacional obrera de Ginebra* decidiese votar negativamente en la última reforma constitucional, aunque á la vez, como ya hemos dicho, declarase que aceptaba todos aquellos principios cuya aplicación afirmaba un progreso positivo en la vida de los Estados.

Pero conviene advertir, que no deben confundirse como iguales, ni siquiera como idénticas, dos tendencias de los republicanos suizos. Refiérese una de ellas á la unidad despótica del poder superior y al criterio centralista ó absorbente en todas las esferas políticas, sociales, administrativas, económicas, al uso y modo de las repúblicas constituidas en Francia como prólogos de sus tiránicos imperios. Refiérese la otra á la unidad que relaciona exacta y perfectamente las partes de la nación entre sí y con el todo, la mayor variedad bajo la más alta unidad, con libertad y responsabilidad de todos los poderes, con independencia y autonomía de los Estados en la esfera de sus propias atribuciones.

En vista, pues, de hallarse alterado en cierto modo el principio federativo en la última revisión de la Constitución, los obreros federales decidieron votar negativamente el día de la consulta, 12 de Mayo de 1872, mientras que los separatistas y los unitarios, cada uno de ellos por bien opuesta razón, resolvieron que coincidiesen también sus votos con los de aquellos. No hay para qué esforzarse en demostrar aquí cómo los obreros suizos quieren á toda costa mantener la base federal de la Constitución del país; bastará sólo recordar que entre ellos es *nacional* el espíritu de asociación; que éste ha servido, desde hace muchos siglos, para sostener y afirmar el organismo de la república; que mediante él se hace pacífica y justa la solución de las complicaciones económicas que van manifestándose en la esfera del trabajo; que á él también se debe que las crisis políticas no sean ya, como ántes, violentas y terribles. Por esto en Suiza los demócratas radicales hacen común «federación, patria y república» y no de otra manera conciben cómo ha de subsistir la autonomía municipal y provincial (*Commune* y *Canton*); cómo cada uno de éstos ha de contribuir á la prosperidad de toda la nación; cómo cada uno de los ciudadanos suizos ha de cumplir leal y conscientemente sus derechos y deberes. Este espíritu patriótico, en sentido federal republicano, lo encontramos casi siempre vivo y fuerte en las Asambleas cantonales, un poco apagado y frío en la Asamblea nacional, quizás porque en ésta no tienen asiento los más fieles representantes de la clase obrera, y en aquellas

es muy común que el trabajador influya con su palabra y decida con su voto en las cuestiones todas que interesan vitalmente á la localidad que representa.

* * *

En Suiza es donde tiene fundamento serio la clasificación de población en *bourgeois* ó ciudadanos, los cuales son propietarios agrícolas ó industriales; *braceros* ó simples jornaleros, y *pobres* ó *indigentes*, sin domicilio fijo, que van de cantón en cantón, perseguidos siempre por la policía. A pesar de sus leyes liberales y de su carácter republicano, la Suiza ha consentido por mucho tiempo la explotación de los *braceros* por los *bourgeois*, que á su vez se coaligaban para oprimir y abusar indignamente de los *pobres*. Cálculanse en Suiza sobre dos millones de habitantes, de los cuales más de millón y medio deben considerarse como propietarios agrícolas ó industriales; el resto pertenece á la desgraciada clase de los que pasan el día sin comida ni casa, sin esperanza de adquirir al siguiente una y otra. No hay exacta proporción de la riqueza y la miseria entre los cantones helvéticos; porque, mientras en unos, por regla general los anticatólicos, la propiedad y la industria están generalizadas de tal modo que todos sus habitantes cubren perfectamente sus necesidades, en otros todo el mundo es pobre; no ya por el atraso considerable en los medios de trabajo, sino también, y muy especialmente, por las enfermedades propias de la raza y las malas condiciones del terreno. La criminalidad en Suiza nunca ha alcanzado las proporciones escandalosas de los demás países de Europa, lo cual dice mucho en favor del sentido moral de sus habitantes.

Como en Inglaterra y Alemania, también en Suiza la Reforma vino á suprimir la pitanza ó bazofia que diariamente recogían los pobres á la puerta de los conventos de frailes, reemplazándola con una cuota señalada á los ricos por la administración municipal y cantonal. Berna y Zurich, Lucerna, Vaud y demás cantones protestantes contribuyen cada año, por término medio, con 4.000.000 de reales para el socorro de los pobres, cantidad que distribuyen sus respectivas corporaciones municipales, unas veces en dinero y otras en especie, al domicilio de los necesitados, á las casas de trabajo, á los hospitales y hospicios. Se reconoce sólo este derecho á la asistencia en cuantos se ven imposibilitados de trabajar por enfermedades, vejez, defectos físicos, etc. En los cantones católicos, la limosna particular está formalmente autorizada; por lo mismo está poco desenvuelta la beneficencia pública. Excusado es añadir que las ventajas todas se hallan de parte de la caridad legal, así para los que la dan y sostienen, como para los que la reciben y disfrutan.

Aquella se verifica entre los suizos más comúnmente en forma de socorros á domicilio, medio mejor para respetar la dignidad y favorecer la necesidad del

pobre. Requiere en tal caso una averiguación acertada sobre el verdadero estado del individuo ó la familia que reclaman la asistencia. Las imposiciones particulares para el sustento de uno ó más pobres durante un número fijo de días, han ido desapareciendo, con aplauso de los mismos filántropos, que en tal medio veían no más que la vagancia organizada. En cambio, las casas de trabajo están fomentándose mucho en estos últimos años, porque no sólo impiden la indigencia y detienen la miseria, sino que sirven de centro de instrucción y moralidad entre los que á ellos concurren habitualmente. Los hospicios, hospitales, asilos de la infancia, casas de huérfanos ó desamparados, manicomios y demás establecimientos de la misma índole, están perfectamente dispuestos y convenientemente organizados para cumplir del mejor modo posible los fines humanitarios para que fueron creados.

Pero, entre los medios que la Suiza constantemente emplea para conseguir la desaparición de la miseria pública, y que debe presentar ante los pueblos de Europa como un orgulloso timbre nacional, debe figurar en primera línea la instrucción popular, y al lado suyo las casas preservativas de la prostitución, y las escuelas rurales en aquellos cantones exclusivamente agrícolas. Los tres han bastado para que en pocos años se vean reducidas á proporciones casi insignificantes las estadísticas de pobres y mendigos en los principales cantones de tan floreciente república. Aún, con el objeto de proscribir la mendicidad, vienen dictándose medidas extraordinarias para castigar severamente á los que hacen de la limosna pública ó privada un objeto de especulación particular ó un medio de vida: tales son la pérdida de los derechos de ciudadano, la negativa de la asistencia, la prisión y el servicio forzoso de las armas. Otros más crueles, como la alimentación á pan y agua, el aporreamiento, la marca, etc., han desaparecido á impulsos de la civilización, que ya no puede consentir esas penas corporales, dignas de otras instituciones y propias de otros tiempos.

* * *

Es inmensa la influencia que sobre Suiza ejerce la ley del progreso. Los congresos de obreros, las asambleas públicas, las asociaciones, las reuniones y manifestaciones, que allí se suceden con frecuencia, dan la medida de que la libertad penetra en las conciencias de los suizos con paso firme y para fines de ilustración y cultura superiores, que en vano se esfuerzan por detener ó atajar los partidarios del oscurantismo y los enemigos declarados de la consagración de la verdad. Al amparo de la Constitución republicana y democrática, los obreros suizos han aprovechado en estos últimos años los cortos instantes que deja libres el trabajo diario para estudiar las causas de la miseria del proletariado y ver de remediarlas, trasformando las negaciones en afirmaciones, la muerte en vida, la injusticia en justicia, el abuso, la fuerza, el privilegio

y la arbitrariedad en perfecto ejercicio del derecho.

Con este santo propósito se ha levantado en Suiza la asociación como bandera de la emancipación obrera, á cuyo término conspiran todos los que quieren ver resuelto el problema social de un modo que se ajuste exactamente á las necesidades humanas, sin absurdas é injustas distinciones. Ocasiones hay en que su gobierno quiere contrariar esa idea salvadora de la clase obrera; pero como ella conmueve y agita á la inmensa mayoría de los suizos, siguen éstos su camino de emancipación económica, convencidos de que llegarán pronto al término de sus penalidades y sufrimientos, quieran ó no los poderes establecidos bajo las formas de monarquía ó de república. Si esos mismos poderes investigasen con acierto el secreto impulso que dirige el pensamiento de los obreros para la asociación, concluirían por aceptarle y aún ayudarle, siquiera no por otra cosa sino por evitar mayores males, que siempre trae consigo el tenaz empeño de contrarrestar una idea nueva. No quieren ni desean los trabajadores que la asociación sea fuerza disolvente ni principio destructor de la sociedad; desean y quieren que sirva de elemento salvador para su presente condición social, ó de solución justa del trabajo, y que éste no sea jamás una carga infamante ó un castigo duro y penoso impuesto al obrero, sino una ley necesaria ó un deber sagrado del hombre que vive en sociedad.

Con este sentido se ha formado y organizado en el país que estudiamos un partido demócrata socialista que pide la legislación directa por el pueblo, unidad de legislación, centralización del ejército nacional, separación de la Iglesia y del Estado, de la Iglesia y la Escuela, instrucción obligatoria y gratuita; socorros gratuitos á los enfermos pobres; abolición de los impuestos indirectos; introducción del impuesto progresivo sobre el capital, la renta y la herencia; prohibición del trabajo de los niños en las fábricas antes de los catorce años, fijación del día de trabajo en ocho horas para los menores de diez y seis años, en diez horas para los que pasan de esta edad; vigilancia sanitaria del gobierno en los talleres; información gubernativa sobre la situación de los obreros, tipos del salario y precio de las habitaciones; crédito concedido por el Estado á las sociedades cooperativas. Zurich fué la cuna de este partido, así como Basilea, Locle y Ginebra se disputan el honor de ser las primeras que dieron favorable acogida á la Asociación Internacional. Como se ve, la Suiza alemana sigue la misma tendencia de los republicanos socialistas de Prusia, mientras que la Suiza francesa camina al par de los revolucionarios comunistas de París, lo que ha sido causa muchas veces de profundas divisiones entre los trabajadores de distintos cantones.

En nuestro concepto, tanto han influido Alemania y Francia como Rusia, Bélgica, Italia é Inglaterra

en el movimiento democrático socialista de los obreros suizos, quizás porque los más ardientes revolucionarios y exaltados republicanos de aquellos países, encontraban en la confederación helvética un asilo permanente y seguro á las persecuciones de sus gobiernos respectivos. La misma Internacional de trabajadores logró implantarse en Suiza á los pocos días de su creación en Londres, adquiriendo formal desarrollo en breve tiempo por Locle, Bienne, Jura Bernois, Neuchatel, Chaux-de-Grands, Val de Sante Jenier, Val de Travers, Bâle, Genève, y otras villas ó ciudades de gran importancia industrial. Esto en virtud de la anterior formación de las secciones de oficios en dichos puntos, para sostener las huelgas mediante cajas de resistencia, y para mejorar su estado material por sociedades cooperativas de consumo y de socorros mutuos.

Para que nuestros lectores conozcan hasta dónde hoy llega la asociación en Suiza, bastará decir que en 1829 un sólo cantón, Ginebra, poseía dos sociedades de socorros mutuos; pero gracias á los esfuerzos loables del comité de utilidad general, Ginebra cuenta ya hasta treinta de aquellas, formadas por individuos de un mismo Estado ó cantón, y que sirven para garantizar recursos en los casos de enfermedad, vejez, imposibilidad de trabajar y muerte. Las que funcionan con obreros de un mismo oficio ó profesión extienden el socorro hasta los casos de huelga. De carácter puramente benéfico pasan de veinte en esta villa, que pasa por cosmopolita, juzgando que hay en ella habitantes de todas las naciones del mundo; además, por la estadística de sus asociaciones figuran veinticuatro religiosas, veinte científicas y literarias, ocho agrícolas, doce artísticas, seis ó siete para préstamos con escaso interés, diez y siete patrióticas, nueve ó diez cajas de ahorros, dos sociedades de mujeres y lo ménos ocho cuyo esencial objeto es fortificar los lazos de fraternidad entre los obreros de un mismo oficio, facilitar sus relaciones para procurarse trabajo constantemente, socorrerse en casos de huelga ó enfermedad y formar un fondo social que permita mantener la mano de obra en su más justo precio.

Con tales elementos de vida social y prosperidad económica en Ginebra, y que relativamente vienen á ser los mismos en otros cantones, ¿quién ha dudado que Suiza alcanza los primeros grados de la civilización de Europa?

Aún va más allá el espíritu de asociación en la República helvética. En 1839 fundaron una sociedad á prima fija los profesores de instrucción primaria, para asegurar una pensión vitalicia anual de 2.500 reales á los miembros que contasen 25 años de servicios, á sus huérfanos menores de 18 años, y en defecto de éstos á sus viudas. El capital es de unos 300.000 reales, las imposiciones trimestrales de 60 reales, el término medio anual de los ingresos de 50.000 reales, y

el de gastos 20.000 reales. En 1850 fundóse otra en el término municipal de Jussy, cuyo objeto es asegurar á los socios la residencia de un médico. Su capital es de 100.000 reales (200 acciones de 500 reales) y 10 reales anuales como cuota por cada individuo de las familias de los societarios. La sociedad se compromete á la adquisición de una casa con jardín espacioso, para habitación gratuita del médico, quien por su parte se encarga de visitar á los socios enfermos de la *Commune* de Jussy, al tipo de 6 reales por visita. En Laussanne, Zurich, Grütli, Bâle, Locle y otros puntos, existen también numerosas asociaciones de seguros sobre la vida, de seguros contra incendios y calamidades imprevistas, de provisiones para el invierno, de instrucción mutua, de edificaciones de casas, etc., etc. Como quiera que todo ciudadano suizo forma parte de la milicia federal, se han fundado sociedades para socorros de sus viudas ó huérfanos, mediante cuotas metálicas, que varían según los grados, desde simple soldado á general. Este propósito de asociación es tan inherente al carácter de los suizos, que donde quiera se hallen éstos fuera de su patria, allí la practican y desarrollan con lisonjero éxito. Tal sucede en Londres, San Petersburgo, Paris, Roma, Manchester, Liverpool, Leipsig, y en muchos pueblos de América.

Por lo que al movimiento cooperativo atañe, en Suiza se encuentran muchos Bancos populares con idénticas bases á los de Alemania. Hay también no pocas sociedades de consumo é industriales de producción, las cuales, por su floreciente estado, testifican el entusiasmo societario que anima á todos y cada uno de los libres habitantes de la confederación helvética. En nuestros días el movimiento obrero de Suiza ha tenido tanta influencia en la marcha y desarrollo de la *Asociación Internacional* que nos vemos precisados á pasarle ahora por alto hasta que de ésta hablemos con la atención que su importancia exige y merece.

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

JUICIO CRÍTICO

DE LAS

ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS, EN TÉRMINO DE MONTEALEGRE,

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, el día 27 de Junio de 1875.—Madrid, imprenta de T. Fortanet.

I.

Vivo en provincias, en una de las más oscuras, envuelto en el desconcierto que produce una guerra que ha hecho de padres é hijos contrarios acérrimos y enemigos encarnizados, y, aunque por defender la causa de la libertad me roban no pocas horas, y, sobre todo, tranquilidad de espíritu las

ocupaciones militares, es tal mi amor á las letras que trato de estar al corriente del movimiento intelectual de la península.

Entre otros trabajos, leí á su tiempo el con cuyo título encabezó este artículo, y tan notable me pareció, que esperaba con ánsia la publicación de las buenas críticas que sobre él habían de llover. Pero mi esperanza se ha frustrado, ni una tan siquiera ha visto la luz, y esto, á más de ser injusto, hace poco favor á nuestros sabios filólogos y geógrafos.

¡Han sido tantas, sin embargo, las obras valiosas que han pasado en silencio!

Y no acierta á disculpar á los críticos lo que mi buen amigo, el notabilísimo historiador D. Ildefonso Antonio Bermejo, me escribe: «Disculpe usted la pereza de la crítica en estos tiempos tan azarosos, y donde las impresiones son tan rápidas y fugaces, que necesitan continua renovación en las novedades fútiles.» Manera, en verdad, harto discreta de protestar contra la injusticia y el punible olvido en que los críticos han dejado la obra maestra—*Estafeta de Palacio*—de todos los historiadores políticos modernos que ha habido en España. Tan maestra, que por ella sólo merece su autor ocupar un sillón en la Real Academia de la Historia.

Estas razones me han movido á escribir algo sobre el presente trabajo, fiado en la indulgencia de mis lectores, y desconfiando de mi competencia en el asunto, siendo, en verdad, extraño, que sea en una provincia, y no de las de primer orden, donde se haga lo que por diferentes críticos debió hacerse en la capital, pagando de este modo el desdén con que la mayor parte de los escritores madrileños miran á los provincianos, excusando hablar y escribir de sus obras, que siempre tuvieron en poca estima.

Era costumbre generalmente admitida, y por todos llevada á cabo, publicar los discursos de recepción de la Real Academia de la Historia, con impresión elegante, ya que por lo que respecta á la parte literaria, venían á ser preciosos estudios mono-biográficos, en general, pero sintéticos, hasta el punto á que la necesidad de encerrar en corto espacio su trabajo les obligaba.

A esta costumbre, establecida de antiguo y seguida por todos los académicos, no han faltado, pero mejorándola, los Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, y D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, en la recepción del primero que tuvo lugar el 27 de Junio de 1875.

No es ya un discurso lo que han hecho, sino un libro notabilísimo, que representa esfuerzos y sacrificios supremos, lo mismo en su parte tipográfica que en la literario-artística. Su impresión es esmerada como la de ningún otro libro académico; la circunstancia de tener grabados de monumentos

antiguos en veinte láminas y dos mapas, aumenta su valor, y lo quilata y sube mucho más la de tener caracteres ibéricos, púnicos, árabes, caldeos, hebreos, siriacos, palmirenos, bártulo-fenicios, egipcios y paleo-griegos, tan limpios y tan claros, que dan una idea muy elevada del que á su cargo ha tenido una empresa de tanta responsabilidad.

En cuanto á la parte intelectual, no puedo pasar desapercibidos los obstáculos con que han tenido que luchar para dar cima á ese trabajo, que honra sobremanera á sus autores.

Hacer el estudio de un asunto determinado supone conocimientos superiores, investigaciones eruditas; pero, á la par de conocer concienzudamente los objetos, tener que dar vida á civilizaciones que pasaron, construir pueblos y ciudades que fueron destruidas por el fuego devorador de los tiempos y de las calamidades humanas, esto ya excede de los límites de lo posible; y la más grande erudición, la más recomendable paciencia, la profundidad de pensamiento más admirable, se estrellan ante la oscuridad de sus misteriosos antros, que legaron las civilizaciones pasadas á la presente para poner á prueba su poder y mostrar su escasa sabiduría.

Júzguese, en vista de todo, los inauditos esfuerzos que habrán necesitado hacer los señores de la Rada y Fernandez-Guerra, para dar al público estos dos extensos discursos, que, si asombran por sus infinitos datos y noticias, por los conocimientos que suponen, no asombran ménos por la elegancia y claridad del lenguaje, por las atrevidas y profundas observaciones que una continua meditación sobre el asunto ha sugerido á los dos eruditos etnógrafos y geógrafos.

Expongamos el cuadro

II.

Divide el Sr. de la Rada su discurso en dos partes, sin contar las modestas palabras de vènia que escribe en su prólogo y las de despedida y disculpa que coloca, á manera de epilogo, en el final de su trabajo. Esto, despues de haber manifestado con una sinceridad que le honra sobremanera á quién debe favores y auxilios para encontrar el hilo de tan intrincado laberinto como el de las ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS, EN TÉRMINO DE MONTEALEGRE, asunto de su discurso. En la primera se ocupa del arte, que divide en arquitectura y escultura. Luégo de describir el terreno y los restos que del edificio descubierto han ofrecido las excavaciones, afirma que no son necesarios largos raciocinios para demostrar que son ruinas de un templo *próstil*, de un templo griego; hace despues un exámen histórico-crítico de los restos arquitectónicos del CERRO DE LOS SANTOS, que dan una noción primera

acerca de su origen; compara el capitel jónico de Montealegre con el capitel egipcio, y nota sus grandes diferencias.

Algo más que en la arquitectura se detiene en la escultura, y sobre ella dice: que halla estatuas romanas, aunque alguna lleva caracteres de los llamados ibéricos ó celtibéricos, que se conocen, á pesar de la poca esmerada ejecución artística, por el movimiento propio del arte greco-romano, por el traje y la manera con que le llevan, pero que las demás, por la inamovilidad hierática, pertenecen á la escultura egipcia que tiene por base esta condicion; y termina haciendo un ligero análisis de los caracteres marcadamente propios de ella; y de la comparacion de éstos con los de los objetos encontrados deduce que las estatuas halladas tienen sobre una base egipcia trazos característicos griegos, y en lo relativo al indumento, influencias asirias.

En la segunda parte se ocupa de la lengua, religion y ciencia, y es tanto lo que estudia, tanto lo que presenta para comprobar lo que da por verdadero, que el lector se envuelve en un caos de erudicion, que no soporta la cabeza mejor organizada.

En llegando á este punto yo me declaro del todo incompetente.

Si el señor de la Rada conociese á fondo todas las lenguas de que da muestras en esta parte, sería el primer poligloto europeo; si poseyera los conocimientos que supone, sería el primer sabio del mundo.

Él va explicando uno por uno, con detenido análisis, porque su estudio nace de una comparacion escrupulosa y nimia y de una testificacion de antiguos escritores asombrosa, todos los objetos hallados en el CERRO DE LOS SANTOS, y él llega á descubrir verdades muy ocultas, llevando no pocas veces el convencimiento al aturdido espíritu del lector más atento. La lengua, la religion y la ciencia, todo, todo viene en apoyo del Sr. de la Rada, que las obliga á prestarle no escasos servicios en pago del trabajo que le costara adquirirlas. Imposible es que yo vaya haciendo mencion, uno por uno, de todos los relatos y sentidos que él hace y da sobre las estatuas de Montealegre, que para entenderlo quien me leyese, sería necesario leer linea por linea lo escribió por el Sr. de la Rada, y tener á la vista las láminas y planos que acompañan al texto. Todo lo examina más ó ménos detalladamente, inscripciones, divinidades y objetos científicos, que clasifica en monumentos egipcios, asirios y griegos.

El discurso del Sr. Fernandez-Guerra es principalmente geográfico-histórico. El electo académico á que contesta, hále limitado cortés y lisonjeramente á la investigacion geográfico-histórica de las comarcas donde las ruinas de Montealegre han aparecido, y el Sr. Fernandez-Guerra, despues de pre-

guntar: ¿qué ciudad hubo allí? ¿fué su nombre humilde ó espléndido? ¿habrá de ser para nosotros ignorado? ¿no se interesan la geografia y la historia en que se averigüe? ¿cuándo, cómo, por qué la destruccion del pagánico templo? ¿cuándo cayó subvertida la ciudad? se prepara á ceñir á ello su discurso, creyendo que la investigacion, aunque difícil, ni es árida ni enfadosa. Anhelante de recordar, para adquirir ánimos, cómo ha visto claro el dia de hoy en *Vesci, Ituci Virtus Iulia, Tucci, Ucubi y Urso*, habiendo andado ciegos, con él, todos los anticuarios y geógrafos en el dia de ayer, afirma que la ciudad ibérica era grande, fuerte y de no pequeña importancia. Apoyado en los *Vasos Apolinarios* y en el *Itinerario de Antonino*, asegura que la ciudad fué *Elo*, su alcázar ó capitolio se alzó en el *Arabi*, y su barrio de *Pale* en el CERRO DE LOS SANTOS. Que fué espléndida y pereció en el año 924, trata de probarlo con textos y disquisiciones eruditísimas, y cuándo fué destruido el pagánico templo lo deduce haciendo un estudio de cómo fundaban los antiguos una colonia, de lo que eran los oráculos y misterios, los hemeroscopios ú observatorios diurnos y de lo que se propusieron los astrólogos y llegaron á realizar al ocupar el trono de los Césares, Vario Arito Baciono, que hubo de llamarse Marco Aurelio Antonino Elagábalo.

Sobre esto versan los discursos que examino; voy á decir algo de lo que á mi fatigado espíritu ocurre despues de leídos.

III.

Confieso mi incompetencia, por ignorancia, por cariño y por deber. Por ignorancia, porque aunque amigo desde muy jóven de revolver papeles y ratar bibliotecas, no han llegado mis conocimientos á tanto, que sin temor alguno pueda enmendar la plana á los que tan sabios aparecen; por cariño, porque el que profeso al Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe es inmenso; y por deber, porque fuera en mí presuntuoso hasta la necedad, además de ingrato, censurar la obra de dos individuos que pertenecen á una doctísima corporacion que tuvo la deferencia de nombrarme su individuo correspondiente, y fuera pagar de mala manera tales favores, á los cuales debo hacerme merecedor, yá que no de otro modo, mostrándola mis respetos y agradecimiento.

Debiera, pues, constante con mi modo de pensar, concluir aquí; pero, ¿no cumpliré mejor la inmerecida distincion que me ha hecho exponiendo leal, modesta y sencillamente, todas las dudas ú observaciones que me ocurren? ¿no mostraré con esto mismo que leo y estudio las obras de aquella digna corporacion con ánimo de aprender y de contribuir, como átomo insignificante, al esclareci-

miento de la verdad? Creo que sí; mi conciencia así me lo dicta, y con ella por norte, y contando siempre con la benevolencia de mis dignos maestros, me atrevo á proseguir tan peligroso camino, haciendo la protesta de que no es mi ánimo herir en lo más mínimo la reputacion de dichos señores, y que retiraré desde luégo toda idea ó palabra que en lo más mínimo pueda ofenderles; manifestando con igual sinceridad que me he servido, para ir ménos descaaminado, de los consejos y lecciones de algunos sabios amigos, tan modestos que se ofenderían si yo escribiera aquí, para ser justo, sus nombres.

Insisto, pues, en que ántes de decir la primera palabra de mi juicio sobre los eruditísimos trabajos que ocupan mi atencion en estos momentos, tengo que hacer varias protestas de sinceridad: que respeto muy mucho los nombres de los dos ilustradísimos académicos, con los cuales me unen lazos de compañerismo y de dulce y respetable amistad para sólo morder con espíritu zoilo por el placer de morder; que mis conocimientos etnográficos, filológicos é históricos no llegan á tanto, ni mucho ménos, para enmendar la plana á mis maestros; que hijos de la duda, producto de mi ignorancia, propongo los escrúpulos de mi conciencia para que sean desvanecidos con la luz de la inteligencia.

Hechas estas aclaraciones, que me salvan de que puedan ver en mi conducta un mal propósito, vamos adelante.

Confieso que el Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado no ha sido nunca escritor de mi predileccion. Ni sus *Mujeres célebres de España y Portugal*, ni su *Viaje de S. M. la Reina doña Isabel II*, son obras que pueden conquistar un nombre ilustre, debiendo la mayor parte de su mérito á sus elegantes condiciones materiales; y su *Crónica de la provincia de Granada* y sus trabajos del *Museo español de Antigüedades*, apénas si bastan á merecer el ingreso en la Real Academia de la Historia; de modo que su trabajo ha debido ser tan notable, que por sí sólo justificara la eleccion hecha en su favor. Y en esto ha obrado discretísimamente el Sr. de la Rada. Su discurso es quizá, sin rebajar en lo más mínimo el mérito de los demas, el de más estudio y trabajo que encuentro entre todos los publicados por la docta corporacion. Es un esfuerzo grandísimo hecho por su autor, y esto merece los plácemes de todos. Ayer, ántes de escribir este discurso, hubiera sostenido que había otros más merecedores del titulo de académico que el Sr. de la Rada; hoy el Sr. de la Rada me parece digno de él como el que más. No es esto decir, sin embargo, que en todo haya estado acertado; que no tenga puntos vulnerables y hasta errores; que sea su trabajo tan exacto, que sus conclusiones no puedan someterse á una seria controversia en la que no pocas se echarían por

tierra; esto quiere decir que su mérito es relevantísimo hasta el punto de que, aún conceptuándome competente, no haría más objeciones y observaciones que las siguientes:

El Sr. de la Rada, en la página 19, dice, hablando de los tiempos griegos: «Conforme en un todo con esta planta de los primeros templos griegos fabricados con piedra... se encuentran los restos arquitectónicos del CERRO DE LOS SANTOS que voy examinando, indicándonos claramente su antigüedad ó el arcaísmo, hijo del atraso de un pueblo, *que labraba las casas de sus dioses muchos miles de millas distantes de la patria primera.*» Las circunstancias de detalles no bastan para comprobar la antigüedad de monumentos erigidos á muchos miles de millas de su modelo, y la á que se refiere el Sr. de la Rada es insignificante. Demas de que la perturbacion de los tiempos, para nosotros envueltos en nieblas, y la confusion de las razas ó familias, pudieron permitir el paso á la idea más ó ménos tarde.

De mucho de lo expuesto por el Sr. de la Rada, deduciria yo que las antigüedades del CERRO DE LOS SANTOS son del tiempo de Baciano, que introdujo el culto del Sol en el imperio romano, y por esto y por que destruye todo lo que sobre otras razas que no sean las siro-egipcias ha escrito, sostendria yo que no tiene gran fundamento la compenetracion de civilizaciones. Y, ¿no le llama al Sr. de la Rada la atencion el que hasta ahora sea el único monumento,—ó casi el único si quiere que haga la excepcion del de Tarragona,—que se ha encontrado al que pueda aplicar sus conclusiones?

El Sr. de la Rada muestra una aficion sin limites á resolver las cuestiones históricas por medio de la filologia, y esto es peligroso. No he de ser yo, en manera alguna, el que menosprecie el apoyo de esta ciencia, llamada á resolver grandes dudas y á deshacer errores históricos de mucho peso; concederé, por el contrario, que ha servido á las demas ciencias, habiendo contribuido no poco al descubrimiento de los tiempos prehistóricos, y sido el principal fundamento de la clasificacion y conocimiento de las primitivas razas; pero ella no ha de ser bastante á que reconozca que, para usar de ella de la manera que lo hace el Sr. de la Rada, se necesitan conocimientos, no profundos, sí profundísimos, sin los cuales es muy fácil incurrir en graves errores que nos desorienten en las investigaciones filológicas.

No nos parecen flojos y escasos los que posee el novel académico, y sin embargo, para que sirvan de apoyo á mis escrupulosas observaciones, el señor de la Rada ha incurrido en no pocos errores. A mi vista, muy corta para mirar y ver bien estos objetos á tan grande hondura, saltan algunos. Allá van.

Página 96. «Los hebreos que vivieron entre caldeos y persas, llamaron (*Nisan*) al Abid ó primer mes del año mosaico, nombre tomado del zendico *nav-azan* (nuevo día del año).» Es verdad que al primer mes del año sagrado llaman los hebreos *Nisan*, pero no lo es que esté tomado del zendico, ni que signifique *nuevo día del año*, ni *primer mes*, etc. *Nisan* es una palabra puramente hebrea y caldea, nacida de un verbo que significa *huir*, y los hebreos le dieron el nombre de *Nisan* (fuga, huida) á su primer mes, por referencia al tiempo en que salieron de Egipto huyendo de la tiranía de Faraon. Es sabido que el nombre de *Abid*, con que los judíos designan igualmente al mes primero del año mosaico, significa *espiga*, y la razón de este nombre está en la circunstancia de germinar las mieses en ese período de tiempo.

Página 109. «¿No tendría relación con esta divinidad (*Alidath*) el nombre del río *Lete* (Guadalete) por su vecindad á las minas argentíferas de Tartero, tan celebradas de los antiguos?»—se pregunta el Sr. de la Rada, y yo me atrevería á contestarle:—No, señor; y en comprobación de lo peligroso que es el procedimiento de las etimologías cuando no se dominan completamente los idiomas, cuando no se tiene en ellos conocimientos profundísimos, voy á responder á su pregunta.—El Sr. de la Rada cree ver analogía entre el nombre *Lete* y *Alidath*, conjetura que pudiera tener alguna relación, é infiere que pudo llamarse *Guadalete* al río por su vecindad á las minas argentíferas de Tartero; y esto es de todo punto inexacto, porque la terminación *lete* es una palabra alterada de alguna antigua población que debieron designar los romanos con el nombre de *Leka*, según se desprende de las crónicas árabes que llaman *Guadaleka* (río del *Leka*) al que conocemos por Guadalete.

En la página 102, dice el Sr. de la Rada: «El estilo es el hombre, ha dicho Bufon, y yo añado, viendo los monumentos de Montealegre, los caracteres epigráficos ó el estilo, materialmente considerado, es la nación.» Si esto es verdad; si en los monumentos del CERRO DE LOS SANTOS; si en los caracteres epigráficos encontramos el latino, griego é ibérico, que se codean con los geroglíficos ya figurativos y fonéticos del Egipto, es claro que para esta reunión tan diversa de elementos heterogéneos hubieron de pasar muchos años. Ahora bien: ¿vinieron estos elementos diversos paso á paso y en sus épocas respectivas, ó son *arcaísmos*, como dice el Sr. de la Rada, más ó menos vetustos.

Si repaso con atención las láminas que acompañan á su eruditísimo trabajo, me encuentro con los parecidos más ó menos marcados que desde la época de la piedra pulimentada hasta el pretendido

hombre *simio* nos dan los que hasta hoy se han ocupado de la especie humana.

Dudas abrigo también sobre la más ó menos remota antigüedad de la estatuaria del CERRO DE LOS SANTOS; porque si bien encuentro evidentes pruebas de los mitos orientales; si no puedo dudar de la participación que dieron éstos á la idea, tampoco se me oculta que en los primeros siglos de nuestra era, al transformar las basílicas en templos cristianos y al erigir los nuevos, fueron mezclados en la ornamentaria mil atributos de la cristiana creencia, que hoy, muchas veces, se confunden con los gentílicos, bien por falta de costumbre de interpretar y discernir la presentación de la idea, bien por el contacto de ésta con las moribundas adoraciones.

Del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe ¿qué puedo decir? Él es para mí amigo y director cariñosísimo; es tan singular como escritor, que casi ningún otro puede ponerse en parangón, y como sabio geógrafo y erudito, á la cabeza se halla de los que más lo son. Dice verdad el Sr. de la Rada: «así sabe levantar héroes y personajes al mágico conjuro de su inspiración poética, como levantar villas, ricos suburbios y ciudades, poblando con la ciencia el desierto abandonado por la ignorancia ó revuelto por la atrevida osadía.»

El trabajo que, más por compromiso que por otra cosa, había echado sobre sus hombros era pesadísimo, y aun teniéndolos tan robustos, era peligroso prometerse llevar tan allá su carga. Por estas dificultades me atrevo yo á aventurar, que el argumento en que asegura que «las ruinas que, por envidiable lauro, ha sabido escoger el señor de la Rada por tema de su disertación, no hay duda pertenecen á un hemeroscopio, esto es, á un colegio sacerdotal, á un observatorio diurno,» es de muy poco peso, y que al apoyarse en él, se ven la cavilosa y el ingenio del que necesita fuertes maromas y sólo tiene delgadas cuerdas de casi inútil resistencia.

Había conseguido, después de esfuerzos gigantes, crear una gran ciudad romana; era, pues, necesario probar cuándo fué destruida, y el Sr. Fernandez-Guerra lo intenta con la conciencia del sabio que está acostumbrado á acertar, á veces, por una intuición desconocida. Cita en su apoyo la *Crónica hispano-latina* de Sampiro; y yo, aunque con sentimiento, no puedo menos de decir, á mi buen señor D. Aureliano, que de la citada crónica, y menos de las palabras que copia, no se infiere ni puede inferirse lógicamente, que Ordoño II destruyese la gran ciudad de *Elif*. Del texto literal sólo se deduce que tomó — y no incendió — los castillos Sarmaleon, *Eliph*, etc., y no nos dice una palabra de que destruyese ciudades, ni de que *Eliph* fuese otra cosa que un castillo.

Ni aún forzando el texto podría deducirse lo que el Sr. Fernandez-Guerra afirma; pero aún me ha extrañado mucho más, sabida y tenida por mí en cuenta esa acertada manera que tiene de discurrir dicho señor, tan acertada, repito, que á veces crea cosas que sólo el que poseyese una verdadera intuición profética podría aseverar con tanta anticipación, para después ser confirmadas con nuevos descubrimientos. Y tan allá se la concedo al ilustre granadino, que me quedo con la esperanza de ver, ántes de mucho, nuevos estudios que desvanezcan por completo todas las dudas que me ocurren, y dejen sentado de una manera terminante y clara lo que hoy sólo parece hijo de premeditadas cavilaciones.

Por lo demás, mejor sabe que yo mi bondadoso amigo—toda vez que él es maestro en esa ciencia, que hace de los jóvenes que la conocen viejos que la aprovechan,—que los reyes cristianos, si quemaban, talaban y destruían las fortalezas que tomaban, porque no volvieran á quedar en poder del enemigo y costara su recobro arroyos de sangre, en manera alguna hacían esto con las ciudades, que las aprovechaban más que nadie, á más de obligarles á ello la consideración de habitarlas no pocos morárabes, y por cuyo auxilio algo debieran interesarse.

Poco me atreveré á decir sobre lo peligroso que es contrariar lo tenido por todos como verdadero, porque si la gloria que se adquiere, al salir victorioso de la empresa, suele ser, y debe, mayor, con frecuencia pécase de atrevido y descarriado por el afán de conquistarla. Y D. Aureliano está por demás innovador en los siguientes casos.

La nota 42, correspondiente á la página 147, está en contradicción con el testimonio unánime de los cronistas árabes, que desde el autor del *Ajbar Machmuá*, hasta Al-Makkari, refieren el suceso de la invasión musulmana al reinado de don Rodrigo, á cuyo monarca atribuyen la violación de la hija del Conde Julian.

El rey Witiza, sobre cuya memoria hace recaer el Sr. Fernandez-Guerra los más negros borrones, está cumplidamente vindicado de todos los cargos concretos que, contrariando el testimonio de Isidoro Pacense, su contemporáneo historiador, había ido acumulando la historia, sin exámen ni juicio crítico.

Ignoro en qué razones de peso se funda el ilustrador de Quevedo para calificar de *nuevo Pelayo* al rebelde y astuto Omar-ben-Hafsún (página 152), el cual se aliaba indistintamente con los judíos, cristianos y musulimes, y se apoyaba en todos para satisfacer sus ambiciones, deseos y propósitos revoltosos; y si bien es cierto que Ebn-Adzari dice que llegó á abrazar la religión cristiana, D. Rodrigo de

Toledo niega rotundamente la sinceridad de la conversión, y este parecer se justifica, no sólo con el hecho de las alianzas referidas, sino también con el de haber invadido sus huestes, acaudilladas por Alkama, al territorio cristiano en tiempo de Alfonso III, quien, después de haberlas reducido en Zamora, se adelantó hasta Toledo para rendir á Ben-Hafsún, según se desprende del testimonio de Sampiro.

Aparte de esto, y de hallar fuera de sitio la apoteosis del cristianismo hecha en las últimas páginas del discurso—si es que fuera de lugar puede estar nada de lo que tienda á celebrar y mostrar la claridad y luz refulgente de la única religión verdadera,—¿qué puedo yo decir que no sea en honra y gloria del autor del trabajo que critico?

Sinteticemos.

Ambos académicos se han colocado á inmensa altura. El Sr. de la Rada tenía que justificar su elección, y lo ha hecho á maravilla, y digo á maravilla, no á humo de paja, porque una maravilla es su trabajo. El Sr. Fernandez-Guerra no tenía que hacerse digno de nada, porque de todo es digno dentro de su campo, pero el que mucho vale, el que muy alto se halla, ha de buscar manera de no rebajarse nunca;—por eso á los nobles de título y talento, exijo yo mucho más, en bien del Estado, que al ignorante populacho,—y lo ha conseguido, alardeando de su espíritu observador excelentísimo.

Claro, sencillo, natural, amigo de pocos menjurjes es el lenguaje del Sr. de la Rada, sin dejar de ser correcto y castizo en su frase.

Fresco y almibarado, elegante, y por serlo en grado superlativo, con afeites de muy buen gusto, es el del Sr. Fernandez-Guerra, tan primoroso (¿por qué no decirlo?), acaso sin rival.

Ignoro si al leer este artículo crítico—dado caso que lo lean—mereceré un silencio despreciativo de los Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe—aunque de éste no lo espero, que siempre fué indulgente hasta con mis yerros, siquier nunca me los perdonara;—pero yo les aseguro que, á hallarme en su situación y á encontrarme con un admirador tan franco, tan sencillo y tan buen amigo—tengo el orgullo de creer que todo esto soy—como el autor de estas líneas, tendría gran placer en estrechar su mano, y no crea usted, Sr. de la Rada, que él tendría menos en llamarse su amigo; yo se lo garantizo. A D. Aureliano, no mi mano, mis brazos le tendería gustoso, ya que posee mis cariños y mis respetos.

FERMIN HERRAN.

Vitoria, Agosto, 1875.

LA ACCION FISIOLÓGICA DE LA LUZ.

El difunto Enrique Holland, presidente del Instituto Real de la Gran Bretaña, decía en 1858 en su *Ensayo acerca de los progresos y del carácter de la ciencia física*: «Los experimentos de Detrey prueban que con frecuencia la impresion de la luz persiste sobre la retina de un modo completo durante dos minutos y medio; en cuyo tiempo una partícula luminosa ó una ondulacion atraviesa un espacio de unos treinta millones de millas. Si se concibe la luz como materia ó movimiento, ó como fuerza, ¿en qué estado se encuentra cuando es así detenida y encadenada en un organismo vivo?»

M. Dewar y el doctor John Mekkendrick han hecho un estudio especial de este profundo problema, que consiste en el efecto específico producido por la accion de la luz sobre la retina y el nervio óptico. De vez en cuando los físicos y los fisiólogos han hecho sobre este asunto numerosas hipótesis; pero hasta hoy nuestros conocimientos no se apoyan en ninguna base fundamental. Por ejemplo, Newton, Melloni y Seebeck han admitido que la accion de la luz sobre la retina sólo consiste en vibraciones; Young ha tenido la idea de que proviene de un movimiento pequeñísimo é intermitente de alguna parte del nervio óptico; Du Bois Reymond la ha atribuido á un efecto eléctrico; Draper ha supuesto que depende del calor desarrollado en una corioidea, y Moser la ha comparado á la accion de la luz sobre una placa fotográfica sensitiva.

Es evidente que, refiriéndose al principio de la trasmision de la energia, hoy generalmente adoptado, la accion de la luz sobre la retina debe producir un resultado equivalente, y se le debe considerar como del orden del calor, de una ficcion química ó de la potencia electro-motriz. Sabido es que la potencia electro-motriz de una parte del músculo disminuye cuando esta parte se contrae bajo la accion de su estimulante normal, siendo reemplazada por la energia del nervio que se reparte en su longitud; y, de igual manera, un nervio sufre una disminucion de su fuerza electro-motriz normal cuando está en accion. Por consecuencia de un hecho de este género, cuando un nervio está afectado de una manera secundaria por la accion de la luz sobre la retina, el grado y las variaciones de la potencia electro-motriz son manifestaciones físicas de ciertos cambios que se producen en el nervio, ó, en otros términos, son funciones de energia existente exterior, energia que, en estos casos, es la luz. Consideraciones de esta clase nos inducen á formar la opinion de que el problema de saber si la accion de la luz tiene una fuerza electro-motriz sobre la retina y el nervio óptico, exige un estudio atentísimo y experiencias sumamente delicadas.

Este estudio se divide en dos partes: la primera consiste en comprobar la fuerza electro-motriz en la retina y el nervio; y la segunda en observar si su grado se modifica por la accion de la luz. La fuerza electro-motriz de todo tejido vivo puede determinarse sin trabajo por el método de Du Bois Reymond. El gran fisiólogo ha descubierto que todos los puntos de la superficie exterior del globo del ojo de una tenca grande, son positivos con relacion á una seccion practicada transversalmente al nervio óptico, pero negativos con relacion á la seccion longitudinal.

Ha obtenido este resultado por medio de sus conocidos electrodos no polarizables: estos electrodos están formados de pilas de zinc amalgamado cuidadosamente, conteniendo una solucion de sulfato neutro de zinc y guarnecidas de almohadillas de papel de filtro de Suecia, sobre las cuales se encuentra la preparacion. Para proteger la preparacion contra la accion perjudicial del sulfato de zinc, se coloca sobre cada almohadilla una capa delgada, ó preservativo de escultores, de arcilla, impregnada de una solucion conteniendo 75 por 100 de sal ordinaria, y se forma sobre ella una punta. Reunidos los electrodos con un galvanómetro, se les arregla de modo que el globo del ojo, limpio de todo músculo, esté sobre una de las capas de arcilla, mientras que la seccion transversal del nervio óptico esté en contacto con la otra.

Los experimentadores que quieran seguir el método de Du Bois Reymond no encontrarán dificultad alguna para obtener grandes desviaciones por medio de los ojos de conejos, gatos, perros, palomas, tortugas, muchas ranas y de peces rojos. Con frecuencia la desviacion ha sido bastante grande para llevar la marca de la luz fuera de la escala del galvanómetro.

La segunda cuestion consiste en saber hasta qué punto la fuerza electro-motriz es afectada por la luz, y en este punto se encuentran algunas mayores dificultades. El método consiste en colocar el globo del ojo sobre las almohadillas, segun se ha descrito ántes, y en notar la desviacion de la aguja del galvanómetro, observando en seguida si entre la llegada y el alejamiento de un rayo de luz se produce algun efecto. En algunos experimentos hechos en primer lugar se ha empleado el galvanómetro multiplicador de Du Bois Reymond; pero como la desviacion obtenida era tan débil, que el efecto de la luz no podia observarse sino con trabajo, empleóse en seguida el galvanómetro de reflexion de William Thomson, que es extraordinariamente sensible, y que M. Tait tuvo la bondad de prestar. Hubo que luchar aún con dificultades secundarias, tales como la extincion de la vida en el nervio, la imposibilidad de conservar un cero absolutamente constante, y

un grado de polaridad exactamente igual, los efectos del calor, etc.; pero estas dificultades fueron vencidas, en lo posible, por los métodos más sancionados. Los cambios de polaridad de los aparatos sólo se presentaban lentamente, no cabiendo engaño respecto á los cambios producidos por la acción de la luz, que se verificaban repentinamente y duraban corto período de tiempo. Importa también hacer constar que las desviaciones observadas no deben hasta ahora considerarse como valores absolutos, sino como valores relativos. Se han hecho unas quinientas observaciones ántes del mes de Abril de 1873, tomándose todas las precauciones para obtener resultados exactos. Se han evitado cuidadosamente los efectos del calor, cubriendo con doble campana de cristal esférico las pilas en las cuales se encuentra el ojo sometido al exámen; esta campana contiene, á lo ménos, una pulgada de agua entre sus paredes.

Se han obtenido los siguientes resultados:

1.º La acción de la luz sobre la retina altera el grado de fuerza electro-motriz de 3 á 7 por 100 de la cantidad total de la corriente natural. Un relámpago, durante una fracción de segundo, produce un efecto marcado.

2.º Una cerilla fosfórica, inflamada, mantenida á distancia de cuatro ó cinco piés, basta para producir el efecto.

3.º Se ha obtenido también un cambio en la cantidad de potencia electro-motriz con la luz de una pequeña llama de gas encerrada en una linterna, delante de la cual se ha puesto un globo de cristal de 12 pulgadas de diámetro, lleno de una disolución amoniacal de sulfato de cobre ó de bicromato de potasa, de manera que la luz atraviese esta disolución.

4.º La acción de la luz sobre el ojo de una rana es la siguiente: Si se proyecta una luz difusa sobre el ojo de una rana cuando se ha llegado á una condición suficientemente estable, la potencia electro-motriz natural aumenta primero y disminuye en seguida; continuando la acción de la luz, la disminución es lenta hasta un punto en que permanece constante y, al retirar la luz, hay un aumento repentino de potencia electro-motriz, volviendo ésta próximamente á su cantidad primitiva. Los cambios de que se acaba de hablar son variables: dependen de la calidad y de la intensidad de la luz empleada, de la posición del globo del ojo sobre las almohadillas, y de las modificaciones en la vitalidad de los tejidos.

5.º Experimentos semejantes, hechos con el ojo de animales de sangre caliente, puesto sobre las almohadillas tan pronto como era posible después de la muerte del animal y en las mismas condiciones, jamás han dado una variación inicial positiva

del género de la que hemos referido respecto á las ranas, sino siempre una variación negativa. El efecto de inducción que se manifiesta después que se ha retirado la luz, se presenta de la misma manera.

6.º Se han hecho muchos experimentos relativos al efecto de la luz procedente de diversas partes del espectro. Se los ha practicado haciendo llegar sobre el ojo las diferentes partes del espectro de oxihidrógeno. Todas estas observaciones tienden á demostrar que el mayor efecto está producido por las partes del espectro que se revelan como las más luminosas, á saber, el amarillo y el verde.

7.º De igual modo los experimentos hechos con la luz de intensidad variable, demuestran que los efectos físicos observados varían de modo á corresponder exactamente con los valores que se obtendrían si la ley bien conocida de Fechner fuera aproximadamente exacta.

8.º El método seguido en estas investigaciones es nuevo en las investigaciones fisiológicas, y puede extenderse á otros muchos casos, no sólo de los que se refieren á la visión, sino también á los demás sentidos.

Después del mes de Abril de 1873, los señores Dewar y doctor Mekenrich procuraron obtener resultados numéricos, haciendo entrar el tiempo como elemento variable en el caso de la acción de la luz sobre la retina y sobre el nervio óptico. Para ello juzgaron necesario construir una representación gráfica exacta de las variaciones de la fuerza electro-motriz, resultante del principio y del fin de la impresión de la luz. Evidentemente, el único medio que puede emplearse para registrar los cambios galvanométricos pequeñísimos, es el de fotografiar en una superficie sensitiva, formando la cubierta de un cilindro que gire rápidamente sobre un eje horizontal, los cambios de posición del punto de la luz reflejada por el espejo, al mismo tiempo que se registran las observaciones magnéticas hechas de un modo continuo.

Como el aparato necesario para estas observaciones es complicadísimo y exigiría gran práctica preliminar, los observadores han adoptado un método de registro más sencillo. Este método consiste en notar la indicación del galvanómetro por intervalos iguales de tiempo, ántes, durante y después de la llegada de la luz al ojo. Para estas observaciones han empleado un péndulo de segundos que dé un golpe muy sonoro. Un observador lee en alta voz las indicaciones del galvanómetro; otro marca cada intervalo de dos segundos y medio, registra los números obtenidos y regula la cantidad de la luz recibida. Con este método, teniendo alguna práctica para ejecutarlo, pueden obtenerse resultados muy satisfactorios; los observadores han encontrado mu-

cho acuerdo entre los varios experimentos, y los puntos salientes de las variaciones de la curva se destacan con claridad.

Las curvas hacen ver que, á la llegada de la luz, hay un aumento repentino de fuerza electro-motriz; mientras dura la luz, esta fuerza se reduce á un minimum, y al retirar la luz se produce lo que se llama un efecto de induccion, es decir, un aumento repentino de fuerza electro-motriz que permite al nervio restablecer su energía normal. La disminucion de fuerza electro-motriz durante la accion continua de la luz es la representacion fisica de lo que en el lenguaje fisiológico se llama fatiga; el efecto de induccion manifiesta la vuelta del organismo á su estado normal. En ciertos casos la llegada de la luz no va seguida de una elevacion de fuerza electro-motriz, sino de una disminucion. Puede, sin duda, explicarlo el hecho de que el término de la vida de la retina y del nervio está indicado por un decrecimiento gradual de la fuerza electro-motriz, y á veces este cambio se verifica tan rápidamente, que el contacto de la luz no puede producir una elevacion. En estas circunstancias la mancha de luz que ántes de la llegada parece moverse, descendiendo queda en el momento del choque fijada por un instante, y en seguida continúa descendiendo con mayor rapidez.

Por estas diferentes series de observaciones ha quedado demostrado:

1.º Que si no hay dificultad alguna para obtener de la piel de una rana una fuerte corriente, esta corriente, sin embargo, no es afectada por la luz. Esta observacion prueba que las células pigmentarias de la piel, en la aproximacion de la córnea, no influyen en los resultados obtenidos.

2.º La corriente obtenida de una masa de células pigmentarias de la coroidea no se presenta sensible á la luz.

3.º Una inyeccion subcutánea en las ranas, hecha por medio de la woorara, de la santonina, de la belladona ó del haba de Calabar no destruye la sensibilidad de la retina para la luz.

4.º En cuanto á la accion sobre la porcion exterior del ojo, hé aquí lo que se ha observado. Cortando cuidadosamente en dos partes el ojo de una rana, de modo que se separe por completo la parte anterior, conteniendo la córnea el humor acuoso, el músculo ciliar y el cristalino, y poniendo la retina en contacto con una de las almohadillas de arcilla, se obtiene inmediatamente una gran desviacion que se ha encontrado tambien sensible á la luz cuando se empleaba el ojo entero; se elimina así la posibilidad de que la contraccion del iris por el estimulante de la luz puede influir en los resultados obtenidos.

5.º Empleando la porcion anterior del ojo, de

modo que la córnea y la superficie posterior del cristalino fuesen polos, se ha obtenido una gran desviacion que, sin embargo, era insensible á la luz.

6.º La esclerótica y el nervio, sin la retina, dan una gran fuerza electro-motriz natural, pero tambien con insensibilidad.

7.º La reparticion de la fuerza electro-motriz entre las diferentes partes del ojo y la seccion transversal del nervio puede definirse del siguiente modo: El tejido más positivo es la córnea, despues la esclerótica, despues la superficie longitudinal del nervio; la córnea es tambien positiva con relacion á la superficie posterior del cristalino, y la misma retina parece ser positiva con relacion á la seccion transversal del nervio óptico.

8.º Hé aquí lo que concierne á los efectos producidos por luces de distintas intensidades. Si se coloca una luz á un metro del ojo y en seguida se la aleja á diez metros, la cantidad de luz recibida por el ojo es exactamente la centésima parte de la que recibe á un metro, mientras que la fuerza electro-motriz, en vez de ser alterada en la misma proporcion, sólo es reducida á una tercera parte. Repetidas experiencias, hechas con el ojo en diferentes posiciones, han demostrado de un modo concluyente, que una cantidad de luz cien veces más fuerte, no aumenta la cantidad de fuerza eléctrica sino en el triple.

9.º Debía esperarse que estos experimentos acabarían por dilucidar la teoria de la percepcion de los sentidos en lo que se relaciona con la vision. Hoy se admite generalmente que ninguna imágen es transmitida como tal al órgano de los sentidos, al sensorio, sino que en realidad es el cerebro quien percibe ciertas impresiones á causa de los cambios que se verifican en el órgano receptor. Aquí aparece naturalmente una cuestion. ¿Los efectos fisicos que hemos descrito y medido son realmente comparables de algun modo con nuestras diferencias de sensacion en la percepcion de la luz, eliminando todo procedimiento mental de asociacion, etc., y no dejando más que la percepcion de la diferencia de intensidad? En otros términos: ¿representan estos cambios lo que pasa en el órgano de los sentidos? Parece, á primera vista, que este problema está completamente fuera de las investigaciones experimentales. Sin embargo, es un modo de llegar á medidas exactisimas de la variacion de la diferencia de nuestras sensaciones en el caso de la luz, y esto es lo que ha desarrollado, teórica y experimentalmente, el fisiólogo Fechner, que goza de tan merecida reputacion. Expresando la ley de Fechner de una manera general, podemos decir que la diferencia de nuestras sensaciones es proporcional al logaritmo del cociente de las intensidades lumino-

sas respectivas. Una serie de experimentos recientes que ha hecho Dalbeuf, confirma por completo la verdad de esta ley. Así, pues, si las diferencias observadas en la fuerza electro-motriz, cuando está registrada en condiciones de intensidad luminosa variables, están de acuerdo con dicha ley de Fechner, que coordina las impresiones de nuestros sentidos, sin duda alguna deben considerarse estas variaciones como causa, y son comparables á nuestra percepción de las diferentes sensaciones. Ahora bien, hemos dicho ántes que con una cantidad de luz, cien veces mayor que otra cantidad, la fuerza electro-motriz sólo es tres veces más grande. Siguiendo la ley de Fechner, podemos decir que la diferencia de nuestras sensaciones, debida á esta variación en el grado de intensidad luminosa, estará representada por 2, el logaritmo de 100.

Siendo el resultado de los experimentos de 3 á 1, la diferencia es también de 2, lo que está perfectamente de acuerdo. Preciso es, no obstante, recordar que estos resultados han sido obtenidos por medio de experimentos hechos en ojos de ranas, si bien se han observado cambios semejantes en ojos de mamíferos, aunque en ellos el grado de cambio no es tan grande: esto se debe probablemente á la muerte más rápida de las diferentes partes.

10. Cuando una de las puntas de arcilla está puesta en contacto con la córnea ó el nervio, y la otra con la sección del lóbulo óptico, se obtiene al mismo tiempo una corriente que es sensible á la luz. En este experimento el ojo está conservado en su órbita, y no es atacado el nervio, por lo cual el efecto de la luz sobre la retina se traslada al cerebro.

La serie de estos experimentos ha conducido á los siguientes resultados:

1.º La luz de un rayo de luna no condensado, aunque de intensidad débil y casi completamente privada de rayos de calor, basta para alterar la potencia electro-motriz del nervio y de la retina.

2.º Se ha examinado el fenómeno en los ojos de los animales siguientes: 1.º, el lagarto ordinario, triton aquáticus; 2.º, los peces rojos, dorados, cyprinus auratus; 3.º, la motella vulgaris; 4.º, las espinolas, gasteroteus trachurus; 5.º, el cangrejo comestible ordinario, cancer pagurus; 6.º, el cangrejo nadador, portunus puber; 7.º, el cangrejo araña, hyas coarctatus; 8.º, el cangrejo-ermitaño, pagurus bernhardus, y 9.º, la langosta, homarus vulgaris.

Los resultados generales, obtenidos con los ojos de estos diferentes animales, han sido semejantes á los anteriormente descritos. Los ojos de la dorada y de la motella vulgaris, peces apáticos, tienen, según se ha observado, semejanza entre sí, en el sentido de que las variaciones en la fuerza electro-mo-

triz eran lentas y, bajo este punto de vista, presentan un contraste marcado con los de la espinola, pez vivo y activo, cuyos ojos son muy sensibles á la luz.

Los experimentos en los ojos de los crustáceos tienen importancia, porque prueban que la acción de la luz en el ojo compuesto es igual que en el ojo simple, á saber: que altera la cantidad de fuerza electro-motriz de la superficie sensible. Se ha advertido que el ojo de una langosta daba una desviación de unos 600 grados galvanométricos, colocando la escala á la distancia de unas 26 pulgadas. La luz producía en esta desviación una variación de unos 60 grados, es decir, un 10 por 100 aproximadamente; el mayor grado de variación observado en un ojo, cualquiera que sea la especie á que pertenezca. Se ha demostrado también que el efecto de la luz disminuye de intensidad por la distancia, y esto es exactamente lo que se había observado en un ojo simple; por ejemplo, á la distancia de un pié, se ha observado una variación de unos 100 grados, y á la de 10 piés, con una luz cien veces menor, el efecto no era de un grado, sino de 20 grados, ó sea la quinta parte de la cantidad observada á un pié de distancia.

3.º Se ha observado la acción de la luz sobre la fuerza electro-motriz del ojo vivo de los gatos y de las aves (una paloma y un buho).

En los primeros experimentos se han tropezado con muchas dificultades para observar la sensibilidad por la luz en los ojos de los mamíferos y de las aves, cuando se les arranca de las órbitas del animal con gran prontitud, inmediatamente después de la muerte. Es evidente que influye el hecho de que la sensibilidad del sistema nervioso en estos animales desaparece tan pronto como la sangre no existe en movimiento. Se debe hacer entonces el experimento en un animal vivo. Se ha cloroformizado un gato y un ave; se les ha dispuesto, por medio de un aparato adecuado, de modo que la cabeza estuviese perfectamente inmóvil, y, en fin, se le ha quitado la envoltura exterior de la órbita, perturbando lo ménos posible los vasos ciliares. Entonces ha sido cortado el nervio óptico; la sección transversal, dirigida hácia arriba y las puntas de arcilla de los electrodos ajustadas, una sobre la sección transversal del nervio y otra sobre la córnea. Por medio de estas disposiciones se ha obtenido una gran corriente extraordinariamente sensible á la luz.

4.º Se obtiene este efecto en los lóbulos ópticos de una paloma viva cloroformizada. Hé aquí los resultados de esta operación: *a.* Cuando se aplica un polo al lóbulo óptico izquierdo y otro á la córnea del ojo derecho, se obtiene una desviación sensible de la luz. *b.* Cuando el polo está apartado del ojo derecho y aplicado á la córnea del ojo izquierdo,

se obtiene una pequeña desviación, sensible también á la luz. *c.* Cuando la luz hiere los dos ojos, estando un polo en contacto con uno de ellos y el otro con el lóbulo óptico izquierdo, el resultado es casi el doble del producido por el choque de la luz sobre un ojo solamente, sea el derecho ó el izquierdo. Estos efectos pueden explicarse por la oposición de los nervios ópticos en la comisura óptica.

5.º Se ha examinado también un ojo de serpiente, dando los mismos resultados que el de una rana.

6.º La ley de la variación en la fuerza electro-motriz de la retina y del nervio óptico, se encuentra comprobada en los siguientes grupos del reino animal: los mamíferos, las aves, los reptiles, los anfibios, los peces y los crustáceos.

7.º Se han hecho muchas experiencias que prueban que la ley fisiológica de Fechner, de que ántes hemos hablado, no depende sólo de la percepción del cerebro, sino, en parte, de la estructura del ojo mismo. Los efectos que se verifican durante y después de la acción de la luz sobre la retina, tienen también lugar después que el ojo ha sido desprendido de todo lazo con el cerebro. Así, pues, la ley de Fechner no es, como se había supuesto hasta ahora, función del cerebro solamente, sino también del órgano terminal, de la retina.

8.º Para apreciar las variaciones galvanométricas se ha empleado un nuevo método que puede ser útil en muchas investigaciones físicas y fisiológicas. Consiste en colocar á una distancia conveniente del galvanómetro, en vez de la escala gradual ordinaria, la superficie de un cilindro cubierto de papel, moviéndose alrededor de un eje horizontal, por medio de un aparato de relojería. La mancha de luz reflejada por el espejo del galvanómetro la hace más precisa la sombra de la lámpara del galvanómetro, que está ennegrecida en toda su superficie, á excepción de una mancha de unos tres milímetros de larga, en el centro de la cual se traza con hollín una línea ó una cruz. Naturalmente la imagen de esta línea ó de esta cruz es reflejada del espejo sobre el cilindro. Cuando el cilindro gira por el movimiento de relojería, la mancha de la luz puede, con alguna práctica, ser exactamente seguida por la mano del observador, armada con un ligero pincel mojado en tinta. El cilindro realiza una revolución completa en ochenta segundos: este tiempo ha sido dividido en cuatro partes iguales, representando cada una veinte segundos, por medio de cuatro líneas trazadas por intervalos iguales sobre el papel del cilindro. El primer espacio entre las líneas 1.ª y 2.ª representaba veinte segundos, durante los cuales el ojo estaba en la oscuridad, y la fuerza electro-motriz era representada por una línea recta; el segundo espa-

cio, entre las líneas 2.ª y 3.ª, representaba veinte segundos, durante los cuales se verificaba el efecto del choque de la luz, y la variación de la fuerza electro-motriz estaba indicada por una curva, sea á la derecha ó á la izquierda; el tercer espacio, entre las líneas 3.ª y 4.ª, representaba veinte segundos de acción continua de la luz, durante los cuales la fuerza electro-motriz crecía gradualmente; y, por último, el cuarto espacio, entre las líneas 4.ª y 1.ª, línea de punto de partida, representaba veinte segundos, durante los cuales las fuerzas electro-motrices crecían primero con la retirada de la luz y decrecían después rápidamente.

Los resultados de los experimentos son: 1.º Para los grupos de animales, como los mamíferos, las aves, los reptiles, los anfibios, los peces y los crustáceos, el choque de la luz sobre los ojos produce una variación que se eleva de 3 á 10 por 100 de la fuerza electro-motriz, existente entre la superficie de la córnea y la sección trasversal del nervio. 2.º Esta alteración eléctrica puede ser transmitida al cerebro. 3.º Los rayos que consideramos más luminosos son los que producen mayor variación. 4.º La alteración del efecto eléctrico, con una intensidad luminosa variable, parece seguir exactamente las relaciones dadas por la ley fisiológica de Fechner. 5.º La alteración eléctrica se debe á la acción de la luz sobre la estructura de la misma retina, como independiente de la porción anterior del ojo, lo que elimina, por consecuencia, la suposición bastante natural de que la contracción del iris podría producir un resultado semejante. 6.º Es posible descubrir por la experiencia la significación física de lo que ordinariamente se llama fatiga en el lenguaje fisiológico. 7.º Por último, el método seguido en las investigaciones puede emplearse en el estudio de los órganos especiales de los demás sentidos.

JAMES DUVAL.

(Lección dada en el Instituto Real de la Gran Bretaña.)

¿QUÉ ES ECONOMÍA POLÍTICA?

Como la ciencia de la Economía política crece diariamente en importancia y se ha hecho asunto de exámen en las universidades y en el servicio público, deseo hacer algunas observaciones sobre su naturaleza y objeto. En las más de las grandes ciencias, tales como la astronomía, la óptica y otras, se han operado grandes cambios de opinión; el mismo conflicto de opiniones tiene lugar exactamente hoy en todo el mundo, por lo que se refiere á la Economía política; y deseo explicar la naturaleza de este conflicto, que fué originado por mi

hace veinte años, pudiendo decir que la mayoría de los más eminentes economistas, lo mismo en Europa que en América, han declarado seriamente su adhesión al sistema que yo he expuesto.

Si un estudiante, deseando dar comienzo al estudio de la Economía política, tomará cualquier libro, encontraría sentado que la Economía política es la ciencia que trata de la producción, distribución y consumo de la riqueza; otro libro le diría que la Economía política es la ciencia de la riqueza; otro comenzaría por decir que es la ciencia de los cambios. Ahora bien, todas estas son aseveraciones dogmáticas, y un estudiante en presencia, al parecer, de tan diversas afirmaciones sobre la misma naturaleza de la ciencia, probablemente marcharía descarriado.

Nada hay aparentemente en el nombre de la Economía política que pueda sugerir la idea, ya de que es la ciencia de la producción, distribución y consumo de la riqueza, ó ya de que sea la ciencia de los cambios; y en una ciencia tan joven como ésta, en la cual se ha producido tal conflicto de opiniones, los escritores debieran hacer alguna relación histórica del modo por el cual llegan á la conclusión de que la ciencia es uno ú otro. El propósito de las siguientes observaciones es llenar este vacío y trazar el origen é historia de esta ciencia, y de las ideas referentes á su naturaleza y extensión.

Hay, sin embargo, ciertos principios generales del razonamiento, los cuales regularán el curso de la investigación, y será de gran ventaja decir algunas palabras sobre este primer punto.

Todos los modernos cultivadores de la Economía política sostienen que es una ciencia física, y que sus investigaciones deben ser conducidas de un modo análogo á las de las otras ciencias de igual género. Dejando sentado que esto sea verdad, debemos considerar lo que es una ciencia física, y esto nos facilitará los medios de saber el método general con que se ha de construir una ciencia de la economía política.

Las condiciones generales y fundamentales de una ciencia física son estas: Que debe aparecer como un gran cuerpo de fenómenos, basados todos en *una concepción general* ó cualidad de la más universal naturaleza. El propósito de la ciencia es descubrir las leyes de los fenómenos. Toda ciencia debe estar basada sobre ciertos conceptos que es preciso sean perfectamente generales, y sobre ciertos grandes principios llamados por Bacon, Newton, Herschel y otros, axiomas, los cuales deben ser de igual modo completamente generales. Así la ciencia de la mecánica trata de las leyes de los fenómenos de la fuerza; la óptica de las leyes de los fenómenos de la luz; y así hay distintas ciencias sobre el calor, la electricidad ó el sonido.

Si, pues, la Economía política es una ciencia física, puede establecerse que debe ser un gran cuerpo de fenómenos, todos basados sobre un concepto *único*, cualquiera que él sea; y si es una ciencia de la misma generalidad que las otras ciencias, es preciso que se halle basada sobre concepciones de la misma extensión y generalidad que las de toda ciencia física. La cuestión, según esto, que ha de considerarse, es:—¿Qué cuerpo de fenómenos es éste, basado todo él sobre una *sola idea*, al cual el nombre de la Economía política puede ser oportunamente aplicado? Y á más de esto, si hubiera cierto acuerdo entre los economistas en cuanto á su naturaleza general, ¿cuál es la mejor concepción de la ciencia, que pueda más claramente señalar su naturaleza y límites y su separación de otras ciencias, mostrando además su relación con el gran sistema de las ciencias físicas?

Como todos los economistas, no obstante, convienen ahora en que la Economía política trata exclusivamente acerca de la riqueza, me propongo trazar, tan sucintamente como sea posible, la historia del nombre de la Economía política y los cambios de significación que ha sufrido; y después investigaremos el significado que los escritores han dado á la palabra riqueza durante dos mil años.

La primera vez que aparece el término Economía política es en el tratado llamado en el segundo libro de Aristóteles *Oiconomos*; pero todos los críticos declaran que está adulterado. La Economía se encuentra usada por este escritor, significando un ingreso ó la adquisición de una renta. Dice que existen cuatro clases de economía: la real, la satrapial, la política y la doméstica. La significación de las dos primeras bien clara está, y como *πόλις* en griego quiere decir un Estado libre, opuesto á la tiranía, la Economía política expresa en este pasaje el método por el cual un Estado libre alcanza algún ingreso. Este es el único pasaje, que yo sepa, en que, entre los antiguos escritores, se haga mención de este término, por lo cual es fuerza que vengamos á los modernos tiempos.

La primera persona que en los tiempos modernos ha usado de este término fué Monchretien, que vivió en los comienzos del siglo XVII; mas su obra no consiguió llamar la atención. Muchos, después de éste, escribieron muy buenos tratados sobre puntos especiales; pero ninguno concibió jamás la idea de que pudiera existir una ciencia general de la Economía política.

La Economía política adquirió el carácter de ciencia independiente en la mitad del último siglo en Francia. Este país había sido conducido al estado más lamentable de relajamiento y de miseria por las guerras de Luis XIV, por la catástrofe final del proyecto del Missisipi, los efectos perniciosos del

predominio del sistema mercantil, la opresión de la nobleza y el peso de los impuestos. La pintura terrible de la tiranía social, de la crueldad y de la opresión bajo las que gimió el pueblo francés durante la primera mitad del siglo XVIII, puede verse en los escritores contemporáneos. Pensando sobre la intolerable miseria que afligía á su país, fué como algunos generosos y sensatos filósofos dieron á luz la idea de que es necesaria la existencia de una ciencia natural, de algunos principios eternamente ciertos, en lo que concierne á las relaciones sociales del género humano, cuya violación fuera la causa de la miseria espantosa que contemplaban en su patria. Quesnay, el ilustre padre de esta ciencia, la dió el nombre de *Derecho natural*, y su objeto fué descubrir y formar una ciencia abstracta de los derechos naturales de los hombres en todas sus relaciones sociales. Y esta ciencia comprendía sus relaciones con el gobierno, con la sociedad, y también con la *propiedad*.

El término *política*, en francés, podía en cierto modo servirle de nombre; pero esta palabra se dedica tan exclusivamente al arte del gobierno, que Quesnay hubo de adoptar la denominación de Economía política para su nueva ciencia. Uno de sus continuadores, Dupont de Nemours, propuso el nombre de Physiocracia, ó gobierno de la naturaleza; pero habiendo sido apropiada la palabra á ciertas doctrinas de la escuela, señaladas hoy como erróneas, ha caído en desuso, y el término Economía política ha sobrevivido.

La ciencia de la Economía política, pues, como fué concebida por sus fundadores, abrazaba todo el campo de las relaciones sociales de la humanidad, así físicas como morales. «El derecho no ha sido comprendido, dice Quesnay, porque ningún hombre de Estado, sacerdote ó filósofo, lo ha mostrado con toda claridad.» Su objeto, según esto, era suplir esta deficiencia de la Filosofía y descubrir las leyes de orden referentes á la libertad, á la autoridad y á la propiedad.

Ahora bien, cualquier verdad que pudiera haber en la doctrina que mantiene la existencia de ciertas leyes naturales en las relaciones de los hombres y en su gobierno, es evidente que las bases trazadas por los Economistas ó Fisiócratas no comprendían tan sólo una ciencia, sino una multitud de ciencias; pasaré sobre todas las partes sociales y políticas del asunto, limitándome á sus doctrinas sobre la propiedad.

Una de las partes de este vasto agregado de ciencias, que los economistas llaman Economía política, la definen «producción, distribución y consumo de la riqueza.» Vamos á examinar ahora lo que quieren significar con esto.

Por *riqueza*, como mostraré con toda extensión

más adelante, entienden ellos el producto nativo de la tierra que ha sido traído al comercio.

Hacen consistir la *producción* en recoger el producto nativo de la tierra para traerlo al comercio.

Pero como el producto nativo de la tierra se encuentra muy raras veces acomodado para un uso inmediato, y tiene que sufrir ordinariamente muchas operaciones, y pasa á través de varias manos antes de ser propio para el uso, llaman á todas estas intermediarias operaciones y transferencias, *distribución ó tráfico*.

Por *consumo* entienden la última evolución, que consiste en sacar el producto ya formado del comercio para dedicarlo á la satisfacción de las necesidades.

La evolución total del producto desde el productor ó vendedor por los varios parajes de la distribución y del consumo, se llama por ellos *comercio ó cambio*.

Así, el labrador cultiva el trigo y lo presenta en el mercado; es el productor; lo vende al molinero, el cual lo muele y lo vende á su vez convertido en harina al panadero; éste amasa y cuece la harina y vende el pan á su parroquiano, á quien ellos llaman *consumidor*.

La completa transferencia ó los pasos que recorre el trigo del labrador hasta llegar al consumidor, recibe el nombre de *comercio ó cambio*.

Es de observar por esto, que en el lenguaje de los Fisiócratas, los que la dieron origen, la frase «producción, distribución y consumo de la riqueza» es absolutamente idéntica á cambio ó comercio.

También es digno de notar que el productor y el consumidor son las dos partes esenciales en un cambio; el consumo, además, suele llamarse á menudo distribución.

Así, pues, «producción, distribución y consumo de la riqueza», «producción y distribución de la riqueza», «producción y consumo de la riqueza», son frases completamente idénticas, y significan simplemente cambio ó comercio.

Las doctrinas de los Economistas eran, sin embargo, erróneas en varios puntos, por lo cual se levantó una oposición contra ellos en Francia, Inglaterra é Italia simultáneamente.

En 1776, Coudillac publicó su obra titulada *El comercio y el gobierno*, en la cual define la Economía política como la ciencia del comercio.

En el mismo año publicaba Smith su *Riqueza de las naciones*. Ambas obras fueron escritas con el mismo objeto, esto es, para combatir las doctrinas erróneas de los Fisiócratas. Por tanto Smith no fué el fundador de la Economía política, como se ha dicho con frecuencia, sino el fundador de la *segunda* escuela de Economía política.

Tampoco debe llamarse á su obra un tratado de

Economía política; él lo titula *Investigaciones acerca de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones*. La idea que tenía sobre la significación del término Economía política, aparece claramente en la introducción al libro IV.

«La Economía política, considerada como una rama de la ciencia del estadista ó legislador, se propone dos distintos objetos: primero, suministrar abundantes subsistencias para el pueblo, ó, más propiamente, ponerle en aptitud de proporcionarse estas subsistencias; y en segundo lugar, abastecer la riqueza pública con los ingresos suficientes para pagar todos los servicios del Estado. Se propone enriquecer, á un mismo tiempo, al pueblo y al soberano.»

Lo que esto quiere decir es lo siguiente: anteriormente los hombres de Estado consideraban el comercio como la única fuente de riqueza para un pueblo, y toda la legislación se formó con el fin de promover y desenvolver el comercio: después de esto, los hombres de Estado consideraron que la agricultura era el único origen de riqueza, y, según esto, las leyes promovieron y desenvolvieron la agricultura: entonces el sistema proteccionista prevaleció bastante tiempo en este país; ahora vivimos bajo el sistema del libre-cambio: cada uno de estos sistemas debieran ser llamados Economía política, según Smith.

La obra de Smith está dividida en cinco libros, de los cuales los dos primeros constituyen lo que estrictamente se denomina Economía política en nuestros días. Y ¿de qué tratan estos libros? De la producción y de la distribución. Pero el mismo Smith asevera que se hallan destinados á «investigar los principios que regulan el valor en cambio de las comodidades y satisfacciones.» Y Mac-Culloch, su anotador, dice:—«Esta ciencia bien pudiera ser llamada la ciencia de los valores.»

Así, pues, los Fisiócratas decían que la frase «producción, distribución y consumo de la riqueza» significaba comercio ó cambio; Condillac manifiesta que la ciencia económica es la ciencia del comercio; y Smith y Mac-Culloch reconocen que es la ciencia de los valores.

J. B. Say, el fundador de la segunda escuela de Economía política en Francia, restringió primero el término á la producción, distribución y consumo de la riqueza. Así dice:

«La política propiamente llamada, esto es, la ciencia de la organización de las sociedades, ha sido por largo tiempo confundida con la Economía política, la cual se ocupa en estudiar cómo son formadas, distribuidas y consumidas las riquezas que satisfacen las necesidades del pueblo. No obstante, la riqueza es esencialmente distinta de la organización política. Bajo todas las formas de gobierno, un

Estado puede prosperar si está bien administrado. Hemos visto enriquecerse naciones bajo las monarquías absolutas, y también las hemos visto arruinarse bajo el imperio de la democracia.»

Desde aquí en adelante, el término Economía política ha sido completamente separado de todo lo concerniente á la política, y confinado exclusivamente á la riqueza; la única cuestión verdadera que hay que resolver es, cuál de las dos definiciones «producción, distribución y consumo de la riqueza,» ó «la esencia de los cambios» es la mejor.

Condillac fué el primero que dió esta definición en 1776. El primer escritor en este país, que yo sepa hubiera adoptado este concepto, es Whately, el cual dice, después de mostrar que la Economía política sólo trata de las cosas en cuanto son objeto de cambio:

«Por esta misma razón es quizá más conveniente considerar á la Economía política como ciencia de los cambios, que como ciencia de la riqueza nacional.»

Y proponía sustituir su título por *Cataláctica* ó *ciencia de los cambios*. Este nombre, sin embargo, no ha sido aceptado, y más adelante demostraré que no hay razón para tal sustitución.

La verdadera cuestión que debe ser discutida es: ¿Cuál de aquellas dos definiciones que los economistas han considerado siempre como idénticas es la más comprensiva y aceptable en el día de hoy? Y Mill hace algunas observaciones referentes á este punto:

«En medio de un agregado tan complejo de cosas particulares como el que forma el contenido de una ciencia, la definición con que la expresamos rara vez es aquella que un extenso y profundo conocimiento del asunto presenta como la más adecuada. Hasta que nosotros conozcamos todos los detalles y particularidades por sí mismas, no es posible que las condensemos y encerremos en una definición general... Así, pues, en tanto que las ciencias permanezcan imperfectas, las definiciones han de participar de estas imperfecciones; y si las primeras progresan, las últimas progresarán del mismo modo.»

Estas observaciones nos parecen bien decisivas. Toda la discusión parece volverse hácia el significado y extensión de la palabra riqueza; y por mi parte procederé á trazar la historia de la idea ó significado de esta palabra desde hace dos mil años. Porque cuando hayamos llegado á conocer qué cualidad general de las cosas es la que las constituye como riqueza, la ciencia de la riqueza no podrá ménos de presentársenos como el conocimiento de las leyes que determinan los fenómenos de esta cualidad.

Y la cuestión acerca del significado de la palabra

riqueza no es una pura logomaquia, sino por el contrario, la base de una gran ciencia, y ha tenido consecuencias importantísimas en la historia de las naciones. Tenemos por imposible conocer la historia moderna sin estudiar los diversos sentidos que este término ha tenido. J. B. Say dice que de los doscientos cincuenta años que anteceden, cincuenta se han gastado en guerras, que tuvieron por causa las significaciones de la palabra riqueza. Whately dice:

«Fuera bueno si las ambigüedades de esta palabra no hubieran hecho más que confundir á los filósofos. Una de ellas dió origen al sistema mercantil... Los resultados han sido el fraude, los dolores y la pobreza en casa, y la guerra y la discordia fuera... Durante siglos ha hecho más, y quizá lo haga todavía, para retardar el progreso de la Europa, que todas las otras causas juntas.»

Storch dice:

«En suma, donde ha sido ménos funesta, retardó considerablemente el progreso de la prosperidad nacional; en otras partes ha inundado la tierra de sangre y ha despoblado y arruinado algunos de aquellos países, cuyo poder y opulencia se creyó que los llevaría al pináculo.»

El primer escritor, si no me equivoco, que da una definición de la riqueza, es Aristóteles. Dice (Nicomaco. *Ética*, lib. iv, cap. i.):

χρήματα δὲ λέγομεν πάντα ὅσων ἡ ἀξία νομισματικῶς μετρεῖται.

«Y nosotros llamamos riqueza toda cosa cuyo valor se mide con dinero.»

Encontramos en ésta una perfecta definición de la riqueza, basada sobre una idea general, la de cambio, que forma una buena base para levantar sobre ella una ciencia; porque no hay duda que debemos tener una ciencia que trate de las leyes que regulan las relaciones de las cantidades cambiables, lo mismo que hay una ciencia que trata de los fenómenos de la fuerza, ó de la luz, ó del valor, ó de cualquier otra cosa.

Así como una bellota es el germen que obliga á nacer y á desenvolverse una colosal encina, esta sola sentencia de Aristóteles es el germen de donde ha salido toda la ciencia de la riqueza.

Habiendo recabado, pues, una buena idea general, debemos considerar ahora cuántos órdenes distintos de cantidades existen, que comprueben esta definición.

I. Hay cosas materiales, como las tierras, las casas, el dinero, el ganado y otros innumerables objetos de esta naturaleza, sobre los cuales no necesito detenerme, porque todos los aceptan como riqueza.

II. Pero una persona puede vender su trabajo ó sus servicios de muchas suertes, como abogado, como médico, como ingeniero, como profesor, etc.,

y cuando un hombre vende su trabajo por dinero, su valor se mide por dinero del mismo modo exactamente que si fuera trigo ó madera. El trabajo es, pues, riqueza, según la definición de Aristóteles.

III. Existe además un tercer orden de cantidades que puede entrar dentro de esta definición. Si una persona posee cien mil libras en billetes del Banco de Inglaterra, ó un millon en bonos del Tesoro ó en acciones de los Bancos de Lóndres y Westminster, se le considerará rico. Todas estas cosas, pues, son una forma de la riqueza, distintas sin duda de las otras dos; pero se compran y se venden por dinero, y pueden entrar por esto en la definición de la riqueza de Aristóteles. Hay también derechos puramente abstractos de varias clases, que pueden ser comprados y vendidos, tales como la propiedad literaria, los privilegios de invención, el crédito de un comercio, un patronato, etc.

Todos estos son derechos abstractos, completamente distintos y separados de toda moneda, y sin embargo, todos son una propiedad valuable, todos pueden ser comprados y vendidos, y por eso, todos ellos satisfacen la definición de la riqueza de Aristóteles.

Hemos encontrado, según esto, tres distintos órdenes de cantidades que satisfacen la definición de la riqueza de Aristóteles: la reflexión nos enseñará que no hay nada que pueda ser comprado ó vendido, que no caiga dentro de uno de estos órdenes de cantidades; es decir, ó es algo material, ó es algún trabajo, ó es un derecho abstracto. Hay, pues, tres órdenes de cantidades, solamente tres, que puedan entrar en la definición de la riqueza de Aristóteles.

Vamos á examinar ahora si algunos otros escritores de los tiempos antiguos han seguido y desenvuelto esta definición.

Existe un notabilísimo tratado que corre bajo el nombre de Esquines Socrático, el cual se considera unánimemente por los críticos como apócrifo, si bien muy respetables autoridades lo hacen pertenecer á la primitiva escuela Peripatética. Se denomina el *Eryxias* ó *la definición de la riqueza*, y es notable, sobre todo por ser probablemente el primer tratado sobre un asunto exclusivamente económico.

Se ha hecho con la ocasión siguiente: Los Siracusanos habían enviado una embajada á Atenas. Pasando un día Sócrates con sus amigos, uno de ellos le mostró á uno de los embajadores como el hombre más rico de Sicilia. Esto conduce á Sócrates á inquirir la naturaleza de la riqueza. Eryxias dice que el hombre más rico es el que posee más dinero. Sócrates le pregunta inmediatamente ¿qué clase de dinero.

¿Es el dinero de los Cartagineses que usan el cuero como moneda? El hombre que poseyera más de esto en Cartago, sería el más rico; pero en Ate-

nas no lo sería más que si poseyera otras tantas piedras de la montaña. En Lacedemonia el hierro inútil hace oficio de moneda; el que poseyera en este país una gran cantidad de ello, sería rico; pero en cualquier otra parte no lo sería ciertamente.

Sócrates, entonces, después de largo argumentar, enseña que una cosa debe tomarse como riqueza ó nó, según sea ó nó necesitada y cambiante. Como Aristóteles, hace consistir la esencia de la riqueza exclusivamente en la facultad de ser cambiada. Y pregunta, si hay personas que ganan su vida difundiendo la instrucción en varias ciencias. Eryxias contesta que las hay. Sócrates entonces dice que aquellos que suministran la instrucción en estas ciencias, ganan su vida cambiando algo de ellas por las cosas necesarias, lo mismo que si fuera plata ú oro. Y por esto dice que las ciencias son riqueza (*αἱ ἐπιστῆμαι χρῆματα οὖσαι*), por la misma razón que lo son la plata y el oro.

Ahora bien, este ejemplo incluye, por supuesto, el trabajo en todas sus formas y manifestaciones. Sócrates expresa que el cambio es la única esencia de la riqueza; que una cosa es riqueza en aquellos parajes y circunstancias en los cuales puede ser cambiada, y que el trabajo es riqueza precisamente porque se paga. Este diálogo, pues, tiene el propósito de mostrar que el segundo orden de cantidades enumerado más arriba como cayendo dentro de la definición de Aristóteles—llamado trabajo,—está incluido en la palabra griega *χρῆμα*.

Vengamos ahora á la ley romana. En las Pandectas de Justiniano se asienta como fundamental esta definición.

«Pecuniæ nomine, non solum numerata pecunia, sed omnes res, tam soli quam mobiles, et tam corpora quam jura, continentur.»

«Bajo el nombre de riqueza, no sólo se incluye el dinero contante, sino todas las cosas, ya sean muebles ó inmuebles, las corporales lo mismo que los derechos.»

Y hay otros varios pasajes análogos que no necesitan citarse, excepto uno de Ulpiano.

«Nomina eorum qui sub conditione vel in diem debent et emere et vendere solemus. Ea enim res est, quæ emi et venire potest.»

«Estamos acostumbrados á comprar y vender las deudas pagaderas á cierto día ó bajo condición. Porque esto es riqueza que se compra y que se vende.»

La ley romana incluye expresamente todos aquellos derechos que hemos dicho ya pertenecían al tercer orden de cantidades que entraban en la definición de Aristóteles bajo los términos *res, bona, pecunia* y *merx*.

Una de las divisiones de la propiedad en Roma es la de corporal é incorporeal, esto es, el derecho

á una sustancia específica y material, tal como el dinero, las casas, las tierras etc., y un derecho puramente abstracto, como aquellos que ya hemos mencionado. Pero se incluyen ambas clases de propiedad bajo los términos *res, bona, pecunia* y *merx*.

Durante varios siglos, después que Constantino hubo trasladado la silla imperial á Constantinopla, la corte permanecía latina, pero la masa del pueblo era griega; por consiguiente, aunque el idioma latino era el oficial para el pueblo, seguía ininteligible.

Por esto y porque las Pandectas y las Instituciones de Justiniano se publicaron en latín, todas las defensas en los tribunales se hacían en griego. Las Pandectas latinas cayeron muy pronto en desuso, y fueron sustituidas en la práctica popular por las traducciones, tratados y compilaciones griegas.

Por último, en los siglos IX y X se olvidaron por completo bajo la dinastía basiliana. Las Pandectas, las Instituciones y toda la legislación de Justiniano fué rechazada como enteramente fuera de uso, y se publicó un nuevo Código ó Digesto en griego llamado las *Basílicas*, cuyo código fué en adelante la ley del Imperio oriental, y ha permanecido hasta los tiempos presentes, como la ley común de toda la población griega en el Oriente.

En las basílicas se conserva la definición romana de la riqueza.

Τῷ ὀνόματι τῶν χρημάτων ὄν μόνον τὰ χρήματα, ἀλλὰ πάντα τὰ κινητὰ καὶ ἀκίνητα, καὶ τὰ σωματικὰ καὶ τὰ δίκαια δηλοῦται.

«Bajo la palabra *χρῆμα* se expresa, no sólo el dinero, sino todas las cosas, muebles é inmuebles, los derechos espirituales y los corporales.»

Así, pues, por declaración terminante en la jurisprudencia griega, la palabra *χρῆμα* comprende los derechos de todas clases; y por tanto, los tres órdenes de cantidades cambiables que ya hemos visto cómo satisfacían la definición de la riqueza de Aristóteles.

Todos los escritores de los tiempos antiguos opinan unánimemente que la esencia de la riqueza consiste en que sea susceptible de cambio, y que todo lo que se cambia es riqueza, cualquiera que sea su forma. También habían reconocido distintamente la existencia de tres formas de cantidades cambiables, las cuales pueden simbolizarse por las palabras *dinero, trabajo* y *crédito*: el dinero tomándolo como tipo de las cosas materiales ó corporales; el trabajo, como tipo de todo género de servicios, y el crédito, como tipo de toda suerte de derechos. Y todos los cambios residen en la permuta de estos tres órdenes de cantidades.

Preciso es que volvamos á los tiempos modernos y tracemos el significado que en ella se dió á la palabra riqueza.

Cuando los hombres de la época presente comenzaron á discurrir acerca de la riqueza, la hicieron consistir únicamente en el oro y la plata, y la legislación de todos los países de Europa parecía que se había formado con el objeto de acumular la mayor cantidad posible de oro y plata en la nación. Volvimos á la fábula del rey Midas. Fué considerado como axioma en el comercio, por los más sabios estadistas y filósofos, que la ganancia de una parte es la pérdida de la otra; y, durante largo tiempo, la mitad de las guerras fueron promovidas por las disputas de las naciones sobre la adquisición del oro y la plata.

Por último, el absurdo de llamar riqueza únicamente al oro y á la plata fué percibido, y hácia el fin del siglo XVII fueron tomados como riqueza todos los productos de la tierra útiles al hombre, diciéndose comunmente que la riqueza era «la producción anual de la tierra y del trabajo.»

Los Fisiócratas, primera escuela de economistas, creían que todas las cosas necesarias para la conservación y comodidad del género humano son productos de la tierra. A los productos consumidos por los productores mismos, los llaman *bienes*; pero denominan riqueza á los artículos que los productores cambian. Así, uno de los más eminentes de ellos (Bandeau) dice: «Se llama *bienes* á los objetos útiles y agradables propios para satisfacer nuestras necesidades, porque conducen á la conservación, propagación y bienestar de la humanidad sobre la tierra.

Mas algunas veces estos bienes no son riqueza, porque no pueden ser cambiados por otros bienes ó para procurarse otras satisfacciones. Los productos naturales ó las obras de arte, las más necesarias y agradables, cesan de ser *riqueza* cuando perdemos la facultad de cambiarlas y de procurarse otros goces por medio de este cambio. Cien mil piés de las más hermosas encinas del mundo no serian riqueza en el interior del Norte de América, donde no podríamos deshacernos de ellas por medio del cambio. La noción de la *riqueza* supone, según esto, dos cosas: primero, cualidades en los objetos que los hagan propios para satisfacer nuestras necesidades y nuestros goces, cuyas cualidades los convierte en *bienes*; segundo, la posibilidad de cambiarlos, esto es, de proporcionarse con ellos otros bienes, y esta posibilidad es lo que los constituye como *riqueza*.»

Quesnay, el fundador de la escuela, dice:

«Es preciso que distingamos entre *bienes* que tienen valor en uso, pero no en cambio, y *riqueza*, la cual siempre ha de tener valor en uso y valor en cambio. Por ejemplo: los salvajes de la Luisiana gozan de muchos bienes, tales como la madera, la caza, los frutos de la tierra, etc., que no son ri-

queza, porque no tienen valor en cambio. Pero desde que se ha establecido algún comercio entre ellos y los franceses, ingleses y españoles, una parte de estos *bienes* adquirió valor en cambio, y debe ser considerada como *riqueza*.»

Estos ligeros extractos muestran bastante claramente la noción que la Fisiocracia tenía de la riqueza. No es otra cosa que los productos naturales de la tierra, cambiados en el comercio. Su dogma fundamental era que la única fuente de riqueza es la tierra, porque, como ellos repetían continuamente, el hombre no es capaz de crear nada, y nada puede salir de la nada.

Los Fisiócratas, según esto, hacen consistir la esencia de la riqueza en el cambio, aunque lo restringieran á los productos materiales de la tierra, y sostenían que todos los cambios son á la postre de productos con productos.

Algunos de los Fisiócratas comprendieron que esta definición era defectuosa, porque si admitían que la facultad del cambio es la esencia de la riqueza, todo aquello que pudiere ser cambiado debiera considerarse riqueza. Por lo mismo exponen algunas razones para demostrar que el trabajo y el crédito no deben ser tomados como riqueza: su argumentación es demasiado prolija para que aquí la examinemos; pero repetían principalmente lo que más arriba hemos apuntado, esto es, que el hombre no puede crear nada y que nada sale de la nada. La doctrina, pues, de que toda riqueza se forma con los materiales del globo terráqueo debe ser llamada Fisiocracia.

Precisa que vengamos ahora á examinar las ideas de Smith.

Titula su obra *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, pero desgraciadamente no nos dice con precisión lo que él entiende por riqueza. Hay, sin embargo, una frase que aparece al fin de la introducción:—«La verdadera riqueza es el producto anual de la tierra y del trabajo de la sociedad;» y por la multitud de veces que esta expresión se repite en toda la obra podemos presumir que manifiesta aproximadamente su idea sobre el asunto.

Esta definición difiere de la de los Fisiócratas, porque contiene en absoluto todos los productos de la tierra y del trabajo, mientras ellos incluyen solamente aquellos productos de la tierra que pueden ser cambiados.

La frase, además de esto, es algo ambigua, pues no nos expresa claramente si es el producto de la tierra y el producto del trabajo separadamente lo que forma la riqueza, ó el producto de la tierra y del trabajo combinados.

Cualquier camino que tomemos, la expresión es demasiado amplia; porque si se establece en abso-

luto que los productos de la tierra y del trabajo, separados ó combinados, son riqueza, entónces los más inútiles resultados de la tierra y del trabajo, así como los más útiles, son riqueza, lo mismo la ortiga que el trigo. Todo trabajo estéril sería, pues, riqueza. Si un número de trabajadores se empleara en edificar una pirámide en el desierto de Sahara, esto sería riqueza; cuando los niños hacen amasijos con el barro, aumentan la riqueza del país.

Muchas otras objeciones podrian hacerse á esta definicion, pero es bastante lo dicho. La definicion es tambien demasiado estrecha, porque el mismo Smith incluye, bajo el titulo de riqueza, muchas cosas que no pueden con verdad ser llamadas «productos de la tierra y del trabajo.»

Así, bajo la denominacion de capitales fijos, incluye las «aptitudes útiles y adquiridas de todos los miembros de la sociedad.» La adquisicion de estos talentos por la constancia del individuo durante su educacion, estudio ó aprendizaje, siempre produce gastos verdaderos, lo cual viene á constituir un capital fijo en su persona. Del mismo modo que estos talentos forman parte de su fortuna, así acrecen la fortuna de la sociedad á que pertenece.

Por tanto, Smith clasifica las aptitudes humanas como riqueza, y las aptitudes humanas no son ciertamente «productos anuales de la tierra y del trabajo.» Ahora bien, el ejercicio de las aptitudes personales es el trabajo, de lo cual se deduce que Smith reconoce el segundo órden de las cantidades económicas como riqueza.

Más adelante, bajo el término de capital circulante, hace incluir la moneda, y bajo el término moneda incluye explícitamente los billetes de banco, letras de cambio, etc. Entre otros pasajes, dice:

«Supongamos que diferentes bancos emiten documentos de crédito pagaderos al portador por valor de un millon, reservando en sus cajas 200.000 libras para responder de las demandas ocasionales. Resultará de esto que habrá en circulacion 800.000 libras en oro y plata, y 1.000.000 en billetes de banco, ó 1.800.000 de papel y moneda juntamente.»

Hace tambien observar que los créditos en el Banco de Amsterdam se llaman dinero del banco. Así, pues, Smith, en este y en otros numerosos pasajes, coloca el papel de crédito bajo el mismo pie exactamente y con el mismo valor que el oro y la plata.

Por lo tanto, aunque Smith comenzó su obra con la nocion fisiocrática de que la riqueza es el «producto de la tierra y el trabajo,» en el curso de ella se ve obligado á reconocer tambien como riqueza las otras dos clases de cantidades económicas, sin que se le haya ocurrido que estas doctrinas no se compadecen muy bien.

Pero está muy léjos de ser esta su sola incon-

secuencia; porque despues de haber infiltrado en la mente de sus lectores la nocion de que la riqueza es el producto de la tierra y del trabajo, y, por tanto, que el trabajo y la materia son necesarios para la riqueza y el valor, dice que «si una guinea no pudiera cambiarse por algo, no tendria más valor que un pedazo de papel.»

Despues de todo, pues, Smith vuelve á la facultad del cambio como la verdadera piedra de toque de la riqueza; y fácil es notar que estas ideas fundamentales de la riqueza no conciertan, porque hay muchas cosas que son producto de la tierra y el trabajo y no son cambiables, y existen tambien muchas cosas cambiables que no son producto de la tierra y el trabajo.

Así, la tierra misma y el trabajo son cantidades cambiables, y no son ciertamente «producto de la tierra y el trabajo.»

La mitad de la obra de Smith se funda sobre el trabajo y la materialidad como la esencia de la riqueza, y la otra mitad sobre la facultad del cambio. Dos clases de escritores ha habido que siguieron, ya una parte, ya otra; Ricardo y sus continuadores, que adoptaron el trabajo como esencia de la riqueza, y Whately, que aceptó la facultad del cambio.

Pasando sobre otros escritores, podemos ya venir á Mill, que está reputado como lógico y filósofo. Está perfectamente convencido de la absoluta necesidad de verdaderas y fundamentales concepciones en la ciencia, y vamos á ver si es más consecuente consigo mismo que Smith.

Dice: «Todos tienen una nocion suficiente para el uso ordinario de lo que es la riqueza.»

»No entra en el objeto de este tratado acudir á las sutiles definiciones de la metafísica, donde las ideas sugeridas por un término son determinadas inmediatamente para los propósitos prácticos.»

Esta es una extraña afirmacion en un lógico. Smith no tiene una nocion suficiente de lo que es la riqueza, y ya veremos si el mismo Mill la tiene.

Dice: «Todas las cosas, pues, forman parte de la riqueza, la cual es susceptible de comprarse y venderse.»

Esta es una buena definicion de la riqueza. La misma de Aristóteles exactamente. Considera como riqueza todo lo que es cambiable, y, por lo tanto, necesariamente incluye los tres órdenes de cantidades cambiables, dinero, trabajo y crédito; y la produccion de la riqueza consistirá en formar toda cosa que pueda ser comprada. Un poco más adelante, sin embargo, en el mismo capitulo, quedamos sorprendidos al llegar á este concepto: «Produccion de la riqueza: la extraccion de los instrumentos de la subsistencia y placer del hombre, arrancados de los materiales del globo.»

De este modo, Mill ha cambiado por completo su concepto fundamental de la riqueza. En el primer párrafo afirma que reside únicamente en la facultad del cambio; en el segundo, abandona enteramente esta idea y cae en plena fisiocracia, comprendiendo toda la riqueza en los materiales extraídos del globo!

Sorprende, en verdad, que un lógico no perciera que estas conclusiones son contradictorias, porque todas las cosas cambiables no son ciertamente extraídas de los materiales del globo. La primera conclusión comprende el trabajo y los derechos como cantidades económicas; la segunda los excluye enteramente, y de hecho excluye de la Economía el 95 por 100 de las cantidades cambiables.

Más adelante, en sus doctrinas, manifiesta todavía más inconsecuencia. Bajo el título de trabajo improductivo, se ve obligado á considerar una vez más lo que es la riqueza, y dice: «Es esencial en la idea de la riqueza el ser capaz de acumulacion.» Aquí se introduce una nueva idea, porque el trabajo, que es cambiable, se extingue en el mismo acto del cambio; no puede ser acumulado. Si, pues, se adopta esta nueva idea, es fuerza que excluyamos el trabajo de la definición de la riqueza.

Un poco más léjos, dice: «Yo preferiría, si estuviera construyendo un nuevo lenguaje técnico, hacer la distinción, más bien sobre la permanencia, que sobre la materialidad del producto.»

Esta doctrina es la violación de uno de los principios fundamentales de la filosofía natural, la *ley de continuidad*. Las cosas tienen todos los grados de permanencia, desde la tierra que dura por siempre, hasta las cosas que constantemente disminuyen de permanencia, tales como las casas, los relojes, los vestidos, los alimentos, etc., hasta el trabajo, el cual tiene el ínfimo grado de permanencia. Todas estas cosas son capaces de ser cambiadas un número vario de veces, hasta el trabajo, el cual no puede ser cambiado sino una. ¿Y en qué grado de permanencia y á qué número de cambios vamos nosotros á trazar la línea entre lo que es riqueza y lo que no lo es? Es imposible decirlo. La *ley de continuidad* dice «que lo que es verdad sobre el límite, es verdad en el límite.» Ahora bien, el límite más bajo de los cambios consiste en uno, y el grado más corto de permanencia es lo que perece en el instante. El trabajo es cambiable tan sólo una vez, y existe únicamente durante el acto de su ejercicio. Por las leyes fundamentales de la filosofía natural, debe ser incluido, pues, bajo el título de *riqueza*.

Unas pocas líneas más abajo dice Mill:

«Cuando hablo, pues, en este tratado de riqueza, comprendo en ella la llamada riqueza material únicamente.» Pero en la misma página dice:

«La habilidad, la energía y la perseverancia de los artesanos de un país, están reconocidas como riqueza.» Y dice también: «El hombre, en sí mismo, no puede clasificarse como riqueza. Pero sus capacidades adquiridas, las cuales existen únicamente como medios y se han formado por el trabajo, caen perfectamente, según mi parecer, bajo esta denominación.»

¿Son las aptitudes y habilidades adquiridas de los hombres materiales? ¿Y se extraen acaso de los materiales del globo?

Es sorprendente que Mill estampara doctrinas tan contradictorias; y cuando dice que todos tenemos una noción bastante clara de la riqueza, yo preguntaría simplemente si él mismo la tiene.

Debo examinar ahora su doctrina con respecto al crédito, el tercer orden de cantidades económicas, como quiera que el crédito ha sido objeto de notables controversias en los tiempos modernos.

Demóstenes dice:

εἰ δὲ τοῦτο ἀγνοεῖς ὅτι μάλιστα ἄφουρῃ ἢ τῶν μασῶν ἐστὶ μέγιστη πρὸς χρηματισμὸν πᾶν ἂν ἀγνοήσεις.

«Si no supierais que el crédito es el capital más grande de todos para la adquisición de la riqueza, debierais ser tenidos por ignorantes.»

Y muchos escritores han dicho lo mismo desde entonces; entre otros Molon, un escritor francés: «Al cálculo de los valores en dinero debe añadirse el crédito del comerciante.»

Otro, Dutot, dice: «Un crédito bien manejado aumenta diez veces los fondos de un comerciante, y gana tanto por su crédito como si tuviera el décuplo de dinero. El crédito es, por lo mismo, la riqueza más grande que el hombre puede llevar al comercio.»

Smith, como ya he mostrado, clasifica el papel de crédito bajo el título de capital, como materia de tráfico; de hecho, todos los escritores del mundo, viendo que el comercio se expresa por medio del crédito lo mismo que por la moneda, afirman que el crédito es capital, sin dar, no obstante, un concepto preciso de lo que es el crédito; ni aún trabajan en su teoría para determinar sus verdaderos límites.

Un día, sin embargo, J. B. Say descubrió que todo el mundo, desde Demóstenes hasta Adam Smith, había estado bajo una ilusión, y que decir que el crédito es capital es afirmar que la misma cosa puede estar en dos sitios á un tiempo! Toda esta confusión sale de la contradicción más absurda. El mismo Say dice en una docena de pasajes que el crédito es capital; en otros ridiculiza este mismo concepto. Mas cuando nosotros comparamos estos diferentes pasajes, la causa de la contradicción aparece clara. Da á la palabra crédito una significación muy distinta en un sitio de la que le da en otro.

Los escritores superficiales, sin embargo, no tomándose la molestia de comparar estos diferentes párrafos, acogen la inocente ironía de Say, y constantemente repiten que los que sostienen que el crédito es capital afirman que una cosa puede estar en dos lugares á un mismo tiempo.

Vamos á examinar ahora las doctrinas de Mill sobre el crédito, y veremos si es consecuente consigo mismo en cuanto á su naturaleza.

Su primera definicion de la riqueza es «todo lo que puede comprar alguna cosa.»

Observando todavía que el dinero no es todo el capital, dice: «Todo lo que es susceptible de ser cambiado por otra cosa es capaz de contribuir á la produccion en igual grado.» Por esto, sin indagar el significado de la produccion, dice Mill que si los billetes de banco pueden ser cambiados como la moneda, contribuyen á la produccion en el mismo grado que la moneda.

Encabeza su capítulo sobre el crédito de este modo: «Del crédito como sustituto de la moneda.» Ahora bien, cuando una cantidad se emplea en sustitucion de otra, precisa que ambas sean de igual naturaleza, no de la misma perfeccion forzosamente, pero sí de la misma especie, aunque en distinto grado. La moneda es una cantidad independiente y que se cambia; por consiguiente, si el crédito puede ser sustituto de la moneda, es preciso que sea una cantidad cambiante é independiente.

Más léjos, Mill, despues de haber sentado que la riqueza es todo aquello que tiene el poder de comprar algo, dice: «Aunque el crédito no tiene un poder productivo, tiene un poder para comprar:» «el crédito que debemos considerar ahora como un poder para comprar;» y en una multitud de pasajes habla del crédito suponiéndole este poder.

Si, pues, Mill dice que «la riqueza es todo lo que tiene poder para comprar alguna cosa»;

Y si dice que «el crédito tiene este poder»;

Entónces el crédito es riqueza. Este es un silogismo del cual ningun lógico en el mundo puede escapar.

Además dice Mill:

«La suma de poder de comprar que una persona puede ejercitar, se halla compuesta de todo el dinero que posee ó que se le debe (de todos los billetes de Banco ó letras de cambio que tiene) y de todo su crédito.

El crédito, en resúmen, tiene exactamente el mismo poder de comprar que la moneda.»

Y habla del crédito transferible de mano á mano, con lo cual reconoce de un modo manifiesto que el crédito es una cantidad sustantiva y cambiante.

Tambien dice: «Una tercera forma, en la que el crédito se emplea como sustituto para la circulacion, es la de los documentos promisorios.» «Una

carta-orden ó pagaré, ó billete pagadero á la vista, mientras dure el crédito del expedidor, es ni más ni ménos que la moneda.» Segun esto, Mill dice que el crédito tiene el mismo valor que el oro; por consiguiente, es riqueza; y ¿cómo puede el crédito, derecho puramente abstracto, ser extraido de los materiales del globo?

Algunas líneas más abajo dice: «Pero hemos visto ya que hay otras cosas, tales como los billetes de Banco y letras de cambio, las cuales circulan como moneda y ejecutan todas sus funciones.»

Ahora bien, una de las funciones de la moneda es el ser usada como capital; y si los billetes de Banco, etc., ejecutan todas las funciones de la moneda, no hay duda que pueden usarse como capital; pero los billetes de Banco son crédito; luego el crédito puede usarse como capital.

Mill admite, por tanto, que el crédito puede ser usado como capital. Pero en un capítulo posterior dice: «El valor que se ahorra á la sociedad proveyendo la moneda de un sustituto, es una ganancia real para los que lo ejecutan. Pueden usar veinte millones de capital circulante, sin que les cueste más que la plancha del grabador. Si emplean esta accesion á su fortuna como *capital productivo*, el producto del país se aumenta, y la sociedad queda beneficiada lo mismo que si fuera otro capital cualquiera de igual magnitud.

.....
»Cuando la circulacion del papel está provista, como en nuestro propio país, por banqueros y compañías de banca, se convierte casi todo él en *capital productivo*.

.....
»Siendo la profesion del banquero la de prestador de metálico, la emision de billetes no es más que una simple extension de su ocupacion ordinaria. Los presta á los labradores, manufactureros y comerciantes, quienes los emplean en varios negocios. Empleados de este modo, rinden, como cualquier otro *capital*, salarios al trabajo y provechos al capital.

.....
»El mismo capital en su larga carrera se convierte completamente en salarios, aún despues de reemplazado por la venta del producto; de este modo ofrece un fondo perpetuo de veinte millones para el sostenimiento del trabajo productivo.»

En otro lugar dice: «Un efecto de este último carácter presentan algunas de las extensiones del crédito, especialmente cuando aparece en forma de billetes de Banco ú otros instrumentos de cambio. Los billetes de Banco son emitidos primero en el curso ordinario á los productores ó comerciantes para que los empleen como capital.»

Así, Mill en estos párrafos reconoce, tan distinta-

mente como es posible dentro del lenguaje, que el crédito es un capital productivo, y, sin embargo, después de esta expresa declaración, se vuelve atrás y desprecia como imbéciles á los que dicen que el crédito es capital!

Comienza su capítulo titulado «Del crédito como sustituto de la moneda» en estos términos: «Las funciones del crédito han sido objeto de muchos errores y de mucha confusión en las ideas, como ningún otro principio de la Economía política.

»Como una prueba de las confusas nociones mantenidas respecto á la naturaleza del crédito, podemos señalar el lenguaje exagerado que se usa frecuentemente respecto á su importancia nacional. El crédito tiene un grande, pero no mágico poder, como el vulgo supone; jamás podrá sacar nada de nada. ¿Que á menudo se mira alguna extensión del crédito como equivalente de una creación de capital! (¿quién ha dicho más claramente que el mismo Mill que el crédito es capital?). ¡Parece extraño que haya necesidad de manifestar que el crédito, no siendo otra cosa que la facultad de usar del dinero de otra persona, los medios de producción no pueden ser aumentados por él, sino sólo transferidos!

»El crédito no es otra cosa, pues, que una *transferencia del capital* de mano en mano.»

La confusión sorprendente de ideas respecto á la naturaleza del crédito es bien clara en los anteriores extractos. En los primeros pasajes, Mill afirma que el crédito es una promesa de pago, ó el derecho que se consigna en un papel bajo la forma de una letra ó pagaré, los cuales aseguran una y otra vez que son una propiedad independiente y susceptible de cambio, del mismo valor que la moneda, que llena todas sus funciones y que por esto puede ser empleada como capital. En el segundo pasaje, Mill ya no piensa que el crédito es una promesa de pago, sino una *transferencia del capital*. Ahora bien, ¿es un billete de Banco la transferencia de un capital? ¿Es una porción de propiedad sustantiva é independiente, que es de algún modo la misma cosa, lo mismo que la *transferencia* de alguna otra? ¿Es un cuartillo de vino lo mismo que la venta de un par de zapatos?

Después de esta exposición, bien claro aparece que no es Mill el llamado á despreciar á los otros por sus nociones erradas y confusas del crédito: su propia obra es un ejemplo patente del error y confusión de ideas que existen sobre el asunto. Hemos notado que él admite los billetes de Banco, las letras de cambio, etc., como encerrando el mismo valor que el oro, y siendo, por lo mismo, riqueza; pero aquellos documentos pertenecen al tercer orden de cantidades económicas: ¿cómo pueden ser extraídos de los materiales del globo?

Así, pues, Smith, lo mismo que Mill, aunque en

alguna parte de sus obras dicen que la riqueza es material y extraída de los materiales del globo, en otros pasajes reconocen el trabajo y los derechos como riqueza.

El resultado de todo es que precisa hagamos desaparecer todas estas contradicciones y confusiones sobre la idea de la riqueza y volvamos á la sencillez y generalidad de los antiguos, esto es, que la sola esencia de la riqueza es el poder de ser cambiada, y que existen tres órdenes de cantidades cambiables, determinadas por la moneda, el trabajo y el crédito.

Los Fisiócratas tan sólo admitían los productos materiales dentro de la ciencia, y sostenían que todos los cambios son de productos con productos. La segunda escuela económica aceptaba el trabajo como una cantidad cambiable, y Beccaria, un economista italiano, dice que los cambios son de productos con productos, de productos con servicios, y de servicios con servicios, admitiendo de este modo la existencia de dos cantidades cambiables y tres especies de cambio. Pero yo he mostrado que hay *tres* especies de cantidades cambiables, y que los derechos lo son lo mismo que los productos y el trabajo; por consiguiente, hay seis clases diferentes de cambio, y estas seis clases de cambio abrazan todo el comercio en su más amplia acepción.

Habiendo separado ya estas contradicciones de la ciencia, nos encontramos libres; y la primera cosa que debemos hacer ahora es tratar de buscar un nombre tan general que contenga estas tres formas de cantidades económicas, moneda, trabajo y crédito: este término general lo encontraremos en la palabra *propiedad*.

Nada es más común que llamar á las cosas materiales, como las casas, las tierras, etc., propiedad; pero no es este el verdadero significado de la palabra. La propiedad no es la cosa en sí misma, sino el derecho á ella, y jamás fué usada por los antiguos escritores ingleses para significar las cosas, sino los derechos á las cosas.

En la ley romana, el derecho sobre todos los miembros de la familia y todas sus posesiones, acumulado en el *dominus* ó cabeza de la casa, era llamado *dominium*. Después, cuando el rigor de la *patria potestas* se relajó algún tanto, se concedió á cada uno de los miembros de la familia un derecho á poseer, y este derecho se tituló *proprietas: dominium id est proprietas*, dice Neracio, jurisconsulto de la época de Trajano y Adriano.

Proprietas, por lo dicho, expresa el derecho de usar una cosa como nos plazca, vendiéndola, cambiándola ó destruyéndola. Y los antiguos escritores ingleses emplean constantemente la palabra propiedad en el solo sentido de un derecho. Así, Wicliffe dice: «Ellos hacen propiedad de los bienes divi-

nos, donde la propiedad no puede existir, y pretenden no tener propiedad en los bienes mundanos, donde sólo la propiedad es legítima.»

Y Bacon también habla frecuentemente de la propiedad en las tierras y en los bienes; pero ni el ni ningún escritor de esta edad pensaron en llamar á las tierras y á los bienes mismos propiedad.

Cuando, según lo expuesto, observamos que la palabra propiedad expresa un derecho y no una cosa, se esparce una luz bien clara por todo el asunto. Cuando se dice que uno tiene la propiedad de tanto trigo ó de tanto oro, significa que tiene el derecho de usarlos como guste, vendiéndolos ó cambiándolos; y cuando dos personas venden ó cambian oro por trigo, cambian, sin duda, el derecho de usar el oro por el derecho de usar el trigo. De este modo, el cambio de productos materiales es en realidad el cambio de *derechos*.

Smith había observado ya que el trabajo y los talentos de un hombre son su propiedad; es decir, que él tiene el derecho de venderlos ó cambiarlos; y cuando un hombre conviene en trabajar para otro mediante un estipendio, cambia sencillamente el derecho de exigir de él tanto trabajo por el derecho de pedir tanto dinero. Esta clase de cambio, pues, también es un cambio de *derechos*.

Y cuando llegamos al tercer orden de las cantidades económicas, hallamos que consiste en los *derechos* abstractos; por lo mismo, las tres formas de las cantidades económicas se reducen exclusivamente al término general de derechos.

Los Fisiócratas dicen que todos los cambios son de productos con productos. Bastiat afirma que los cambios son siempre de trabajo con trabajo; mas bien claro se ve ahora que todos los cambios son de *derechos con derechos*.

Cuando vemos ahora que la Economía política no tiene nada que partir con las cosas en sí mismas, sino tan sólo con los cambios de los derechos á ellas, y que los jurisconsultos romanos denominan *jura*,—derechos puramente abstractos,—como *res*, *bona*, *pecunia* y *merx*, gran parte de la oscuridad y confusión se desvanecen. Porque estos *jura* contienen los billetes de Banco, las letras y otra gran variedad de derechos. Hemos mostrado que Smith y Mill clasifican ambos estos créditos ó deudas como riqueza y capital, puesto que se compran y se venden; y la cantidad de deudas circulantes ó de crédito es casi inconcebible en este país comercial. En el trascurso de 1874 pasaron por la Clearing-House de Londres (una institución por medio de la cual los créditos se trasladan de un Banco á otro) más de seis millones de libras en créditos; y esto es únicamente una parte del crédito que existe en la actualidad. Estos seis millones de créditos producen exactamente el mismo resultado que igual

cantidad de metálico; realmente, si este crédito no existiese, hubiera sido necesario traer al comercio igual suma de moneda.

El hecho es que la propiedad afecta dos formas: la una es el derecho á una sustancia material que ha sido ya adquirida, tal como la moneda que se tiene, las tierras, las casas, etc., cuya propiedad se llama corporal; la otra es la propiedad ó derecho á algún interés que se ha de poner en lo futuro, y esta propiedad se denomina en la ley romana, y en cualquiera otro sistema de leyes, propiedad incorporeal. Contiene dentro de sí el crédito de todas clases, los billetes de Banco, las letras, la propiedad literaria, los fondos públicos, los privilegios de invención, las acciones de compañías comerciales, etc., etc. Mas ambas clases de propiedades pueden ser compradas y vendidas, y por eso caen ambas bajo el dominio de la Economía política.

El grave defecto de Smith, Mill y otros escritores de la segunda escuela de los Economistas, consiste en que omiten completamente esta especie de propiedad, la cual representa ahora un valor de muchos miles de millones en este país, y que ha aumentado en una proporción inmensamente mayor que la propiedad corporal. Y en tanto que el concepto de la riqueza se halle infestado con la noción de «la tierra y el trabajo» y con la de la *materialidad*, la naturaleza de esta propiedad no puede ser comprendida. Pero tan pronto como admitamos que la facultad de ser cambiante es la única esencia de la riqueza y el valor, todas las dificultades desaparecen y todas las operaciones de banca y de crédito pueden sujetarse á las más estrictas leyes de la Economía.

Supongamos que un comerciante posee tanto dinero, procedente de los ahorros de su industria anterior. Compra con él mercancías y obtiene un provecho: recupera el dinero que ha gastado, y el sobrante es su provecho.

Pero como Mill dice acertadamente que su poder de comprar consiste en su dinero y en su crédito, suponiendo que él calcula que se puede obtener un provecho, compra bienes y da en cambio de ellos su promesa de pagar en un tiempo futuro. Vende los bienes; paga la deuda, y el sobrante es su provecho.

Ahora bien: la moneda y el crédito contienen ambos un poder de comprar: un comerciante ó negociante recaba igual provecho que compre con moneda ó con crédito: por tanto, si la verdadera definición del capital es «algo que produzca un provecho», el crédito es capital lo mismo que la moneda. Cuando un comerciante trafica con moneda, trafica con los productos acumulados del pasado; cuando comercia con el crédito, comercia con los productos anticipados del porvenir.

En realidad, los futuros provechos de todas clases tienen un *valor actual*, y este valor actual puede ser vendido y comprado, y puede traficarse con él lo mismo que con la moneda.

El derecho presente á un pago futuro se llama crédito, y, bajo la forma de billetes de Banco, letras, etc., puede ser vendido ó trasferido varias veces hasta que son pagadas estas deudas, y entónces cesan de existir como derechos ó cantidades económicas. De este modo, la Economía contiene lo mismo la propiedad material que la inmaterial.

Fácilmente se ve ahora cuál es la mejor definición de la Economía política,—«la producción, distribución y consumo de la riqueza,» ó «la ciencia de los cambios.» Los Fisiócratas que inventaron ambas expresiones y sostenían que eran equivalentes, restringieron, no obstante, los cambios porque sólo hablaban del cambio de los productos materiales de la tierra; y «la ciencia de los cambios» es una definición inmensamente más amplia y más inteligible que «la producción, distribución y consumo de la riqueza.» Algunos ejemplos pondrán en claro la diferencia.

Supongamos que yo poseo un pedazo de tierra sobre el cual necesita la población extenderse: la tierra aumentará mucho de valor. Supongamos que yo vendo la tierra: esto es un cambio y un fenómeno de valor; pero ¿en qué manera es la producción, distribución y consumo de la riqueza?

Supongamos que yo escribo una obra popular y puedo vender su propiedad á un editor: este es un cambio y un ejemplo de valor; pero ¿en qué manera es la producción, distribución y consumo de la riqueza?

Supongamos que dos personas se convienen en ejecutar algún trabajo, la una para la otra respectivamente: cada especie de trabajo puede ser valuado en dinero; esto es un ejemplo de valor y un cambio, pero ¿de qué modo manifiesta la producción, la distribución y el consumo de la riqueza?

Un banquero descuenta una letra á un parroquiano por medio de sus propios billetes: esto es también un fenómeno de valor y un cambio; pero ¿es, por ventura, la producción, distribución y consumo de la riqueza?

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse extensamente, demuestran que el concepto «producción, distribución y consumo de la riqueza» es inteligible únicamente cuando se aplica á una *clase* de cambios, mientras la definición «ciencia de los cambios» puede aplicarse á toda clase de ellos, y es, en realidad, el nombre de una gran ciencia, tan vasta y general como la mecánica ó la óptica.

El primer nombre se acomodaría tan mal á la gran ciencia de los cambios, como los vestidos de un niño puestos á un gigante; y por esto, según

aquella observación de Mill, de que la definición de una ciencia es preciso que se extienda cuando la ciencia se desenvuelve, «la ciencia de los cambios» es la única definición adecuada á la Economía política en su más amplia extensión.

Además, adoptando esta definición, percibimos á primera vista de qué modo constituye una ciencia física. ¿Qué hay en el concepto, producción, distribución y consumo de la riqueza que pueda hacernos notar la semejanza con una ciencia física? Pero tan pronto como adoptamos la definición «ciencia de los cambios», comprendemos la razón de esta semejanza. Porque existiendo tres órdenes de cantidades cambiables, y por lo mismo seis especies de cambios, el objeto de la ciencia es determinar las leyes de los fenómenos que estos cambios producen, esto es, los cambios con las relaciones numéricas en que estas varias cantidades han de cambiarse; y así como hay una sola ley general que gobierna y rige los movimientos de los cuerpos celestes y explica todos los fenómenos de la astronomía, es muy fácil demostrar que existe una sola ley general que gobierna todos los cambios en las relaciones numéricas de las cantidades cambiables. Y de este modo tenemos creada una nueva ciencia física, un nuevo cuerpo de fenómenos, basados todos sobre una sola concepción, incluida bajo el dominio de las leyes generales.

Resta únicamente demostrar que no hay necesidad de cambiar el nombre de la ciencia, como Whately propone, en *catalactica* (ciencia de los cambios). Cuando una ciencia ha adquirido un nombre en el uso popular, ninguna ventaja se obtiene cambiándolo, aunque no sea este nombre el mejor que pudiera elegirse si la ciencia se formara de nuevo. El nombre por el que la ciencia se conoce es de poca importancia; el requisito más interesante es que su naturaleza y objeto se hallen definidos claramente. Platon hace ya mucho tiempo que veía la idea de llamar geometría á la ciencia que trata del movimiento de los cuerpos celestes; y aún hoy los franceses llaman á un gran analítico como Leverrier, un gran geómetra. La trigonometría hace ya bastante tiempo que se extiende más allá de la medida de los triángulos, y esto sucede en otros muchos casos.

El nombre de Economía política, ó ciencia económica, está tan firmemente arraigado en el espíritu público, que ninguna ventaja se obtendría cambiándolo. Además de esto, no hay necesidad de hacerlo, porque su carácter está bien expresado en este nombre. Muchas personas suponen que οἶκος en griego significa una casa, y que un economista, por tanto, es el dueño de una casa. Οἶκος, sin embargo, tiene una significación mucho más extensa que la de una casa; significa propiedad, sustancia ó

estado de todas clases. Homero, Hérodoto, Demóstenes y Lisias, todos usan οἶκος en el sentido de propiedad en general. En el «Oiconomos» de Jenofonte, Sócrates señala expresamente la diferencia entre οἶκος, que significa toda clase de propiedad, y οἶκία, que viene á significar una casa. A más de esto, οἶκος es el término técnico, en la ley Ática, para todos los bienes muebles ó inmuebles de un hombre, para todo estado y sustancia. Así, el gramático Ammonio dice:—Οἶκος λέγεται ἡ πᾶσα οὐσία.—Οἶκος significa propiedad.

Economía, pues, es el término más adecuado que ha podido escogerse para denotar la ciencia que trata de los cambios de la propiedad. Es preferible aún á Economía política, porque determina que nada tiene que ver en la política, sino tan sólo en la propiedad. Puede ser denominada la ciencia de los cambios, la filosofía del comercio ó la teoría del valor; todo ello viene á expresar la misma cosa. Por mi parte, he ofrecido esta definición para mostrar sus relaciones con las otras ciencias físicas:

Economía es la ciencia que trata de las leyes que gobiernan las relaciones de las cantidades cambiables.

Y M. Michel Chevalier me ha hecho el honor de manifestar que es la mejor definición de la ciencia propuesta hasta ahora.

H. D. MACLEOD.

Tr. p. A. PALACIO VALDES.

(The Contemporary Review.)

LITERATURA CONTEMPORÁNEA DE INGLATERRA.

EXPOSICION DE LA OBRA DE M. ODYSSE BAROT (1).

Realizando uno de los propósitos señalados á las tertulias literarias que la seccion de literatura del Ateneo ha acordado celebrar un día cada semana, voy á ocuparme hoy de un libro por muchos conceptos digno de llamar vuestra atención. No pienso, ni extenderme en largas consideraciones acerca de los puntos que ese libro trata, ni hacer un juicio crítico del mismo. Me limitaré á exponeros su contenido, excitando hácia él vuestra curiosidad, porque le creo digno de estudio para todos los amantes de las bellas letras.

El libro es la *Historia de la literatura contemporánea en Inglaterra*, por Odysse Barot, publicado en Paris en los últimos meses de 1874. Pertenece á ese género de obras que, sin profundizar seriamente los

asuntos de que se ocupan y sin entregarse á prolifas investigaciones acerca de los mismos, aspiran á reunir en breves cuadros, trazados á grandes rasgos, el movimiento científico, social ó literario, en un orden y esfera determinados; género que constituye una especialidad del carácter frances, que se adapta cómodamente á la mision propagadora de ese ilustre pueblo, y que yo desearia ver más cultivado en España, siquiera fuese por lo que contribuye á generalizar nociones indispensables para todos, y por lo útil que serian sus circunstancias á aquellos que no pueden distraerse de los objetos que constituyen su tarea habitual en provecho de otros, que sólo por un medio de esta índole pueden serles someramente conocidos. Bajo el doble punto de vista de lo que este género es y de lo que este género exige, el libro de Mr. Odysse Barot llena cumplidamente las condiciones que podrían reclamársele. Golpes de vista rápidos é ingeniosos, cuadros completos de las diversas fases literarias de la Gran-Bretaña, exposicion clara, lenguaje sencillo y elegante, gusto delicado en la eleccion de ejemplos y modelos, método llano y práctico, y una concision tan discreta, en suma, que da á conocer sus vastos estudios respecto á la materia, y que le permite desenvolver en un corto número de páginas un asunto tan vasto y de tan extraordinario interes como el que constituye el objeto de su libro.

Comienza éste por una Introduccion histórica que abarca sucintamente desde Chaucer, el primer poeta inglés digno de este nombre, hasta Byron, Shelley y Burns; esto es, desde 1350 hasta 1830, y empieza manifestando que la literatura inglesa excede en fecundidad, valor é importancia á la alemana, italiana y española. Sin duda alguna esta proposicion presentada en absoluto es falsa, lo cual no obsta para que pueda afirmarse que la literatura inglesa tiene una verdadera, sólida y real importancia, como se desprenderá, sin esfuerzo, de lo que va á indicarse más adelante.

Despues de la introduccion mencionada y de algunas consideraciones generales que en parte están repetidas en distintos puntos de la obra, M. Odysse trata de los poetas líricos; á seguida del teatro, de los novelistas, de los historiadores, de los filósofos, de los publicistas, y, por último, de la prensa, terminando su obra con un *apéndice* de modelos y trozos escogidos y un capítulo adicional, que es muy notable. Esta division de materias se encuentra ajustada al número y á la variedad de las formas en que se desenvuelve la literatura en Inglaterra en nuestro tiempo. De ellas la más importante y en las que más se ensaya la actividad de aquel pueblo son, aparte la filosofía, la poesia lirica, la novela, la historia y el periodismo. Acerca de estas, será conveniente extenderse algo más para dar á conocer su

(1) *Histoire de la littérature contemporaine en Angleterre*, par Odysse Barot; Paris, Charpentier, 1874.

estado, de acuerdo con lo que afirma Mr. Odysse Barot, y limitándome á ligeras indicaciones respecto de

EL TEATRO, LOS PUBLICISTAS Y LA FILOSOFÍA.

El teatro atraviesa hoy un período de completa decadencia. Achácanla algunos á circunstancias triviales que no son sino efectos del mal que se señala. La que verdaderamente lo ocasiona, á juicio del autor del libro que examino, es la excesiva actividad empleada en los otros géneros, y el haberse encomendado á estos el desarrollo de los elementos que ántes desenvolvía la literatura dramática.

Por esto afirma M. Odysse que «el drama contemporáneo se ha refugiado todo entero en la novela y en la historia.»—«Nuestros poetas trágicos, añade, no se llaman Shakspeare; se nombran Walter Scott, Dickens, Macaulay ó Carlyle.—No medita ya Hamlet en un monólogo sobre el sér y el no-sér, sino en un capítulo de Stuart Mill, en una página de Darwin ó de Herber Spencer.» La época actual, además, no cuenta entre sus elementos esa espontaneidad, esa sencillez y ese entusiasmo que son indispensables para fundar un buen teatro. A esto se deberá sin duda que no sea exclusiva del teatro inglés la decadencia referida, y el que nuestra propia literatura y la literatura francesa se hallen bajo el influjo de circunstancias muy análogas á las que he indicado.

Bajo el nombre de publicistas se clasifican gran número de escritores, cuyos trabajos no pueden sujetarse, no se sujetan en realidad al molde fijo, estrecho y determinado de los géneros literarios que se van enumerando. Entre esos escritores pueden citarse lord John Russell, y, sobre todo, Mr. Gladstone, cuya sólida reputacion dentro del género que frecuentemente cultiva se ha afirmado en estos últimos tiempos con sus *escritos religiosos*, tan dignos de recuerdo y de aplauso.

Por último, me limitaré á mencionar tan sólo los filósofos ingleses, cuyos puntos de vista generales os son muy conocidos. Esta rama de la literatura, ya lo sabeis, ha sido y está siendo cultivada en la Gran-Bretaña con extraordinario adelanto y efectos fecundísimos para la ciencia. Así lo prueban los nombres ilustres de Stuart Mill, Spencer y Bain, al segundo de los cuales coloca Odysse Barot á la altura de Aristóteles y de Bacon. Es inútil insistir en la tendencia que domina á sus escritos y en el importante papel que desempeñan hoy dentro del mundo científico.

POESÍA LÍRICA

Tiempo es ya de examinar este género literario, que no está entre los ingleses tan poco apreciado como en algunos otros pueblos, el frances entre

ellos, donde no se comprende aún que la fria y positiva Inglaterra conceda á estas manifestaciones del sentimiento, y muchas veces eco sólo de los afectos más tiernos y delicados, un lugar preponderante y distinguido. Sin embargo, nada hay tan cierto, y lo confirman sobradamente multitud de hechos sujetos á diaria comprobacion. Entre ellos merecen citarse el de que todas las publicaciones inglesas, y en primer término las políticas, destinen en sus columnas un largo espacio á las composiciones poéticas, el de que en un reciente concurso se hayan presentado más de 800 poesías líricas, de gran mérito casi todas, y la circunstancia, por último, de que en todas las esferas de la vida, y con especialidad en la política, se reconozca influencia y atribuya siempre una alta posicion á los poetas y literatos. Así sucede que dos de los miembros del actual gabinete, Mr. Disraeli y el *Post master general* Manners, deban á la poesía y á su renombre literario los puestos que ocupan. Tales indicios acusan, lo repetiré, el alto prestigio de las aficiones literarias y un respeto general hácia los que profesan su estudio.

De éstos hay un número tan crecido, que sería imposible citar ni aún los más importantes, cuando se hace preciso reducir á cortas proporciones el presente análisis. Me limitaré, pues, á dar á conocer las tendencias que dominan en los principales poetas y los nombres de aquellos que nunca podrá olvidar la nacion inglesa por los preclaros timbres que ornan su frente.

Ninguno, sin duda, á tanta altura como Byron; ninguno cuyas obras sean más conocidas en el resto de Europa; ninguno tampoco cuyo nombre se repita más y en medio de mayor admiracion. No se le profesa, sin embargo, en su patria la que le tributan los extranjeros, y hasta tal punto allí ha decaído la memoria, ha menguado el prestigio y desaparecido la influencia del autor de *D. Juan*, que ni se le cuenta siquiera entre las cuatro sublimes figuras de la literatura británica: Chaucer, Shakspeare, Milton y Shelley.

De éste último procede toda la actual direccion poética de Inglaterra. Fué contemporáneo y amigo de Byron, murió ántes que él y en tierra extraña, sin que hasta su muerte, ni en mucho tiempo después, se apreciara la inmensidad de su talento. Hoy, sin embargo, todos le tributan algo más que consideracion y respeto, todos le ofrecen testimonios de entusiasmo ardiente, y su recuerdo preside y dirige el movimiento literario actual. Shelley es el poeta de la Revolucion. Los recuerdos del 89 y del 93 se mezclan con los de su primera edad, y en su poesía hay mucho de aquella aspiracion sublime que condujo entónces al pueblo frances á las más gloriosas conquistas y á los más deplorables extravíos. Domina

en ella la idea de la lucha por el bienestar de la humanidad, el odio á la opresion y la tiranía, y el amor á la libertad.

Esta tendencia es hoy, no sólo el punto de vista de la poesía inglesa, sino el objetivo de todas las manifestaciones de su literatura. Y á medida que aquellos principios proclamados en el siglo XVIII han ido desenvolviendo todas sus consecuencias, los literatos ingleses las han adoptado y defendido con una generosidad y una perseverancia que sin duda alguna no pueden ser estériles.

Tennyson y Hood, los dos poetas más ilustres de la época contemporánea en la Gran-Bretaña, han desenvuelto aquella tendencia, aunque cada uno con diverso sentido y con direccion distinta. Hood es el inspirado cantor de todas las desventuras sociales; su ideal un ideal humanitario, y su pensamiento la realizacion de esa fraternidad universal que este siglo es impotente para realizar, pero que ha sido bastante generoso para presentir. Las penalidades del obrero, las angustias del desheredado, las horribles torturas del que sólo cosecha lágrimas en la heredad fecundada con su sudor y su sangre, son los temas predilectos de su poesía. En varios de sus trabajos, muchos de ellos en alto grado estimables, armoniza y une con gran correccion y sentimiento elevado los más tiernos afectos y las ocurrencias más áticas y cultas; pero lo que le da verdadero carácter y ostenta de una manera bien definida su personalidad literaria, es el espíritu que ántes señalábamos, de que es elocuentísima prueba su admirable poesía *La cancion de la camisa*, escrita pocos dias ántes de su muerte, y que es, sin duda alguna, «el grito más doloroso que jamás hizo oír lírico alguno.» Voy á daros cuenta de ella, leyendo la traduccion directa del inglés, hecha por nuestro ilustrado compañero y amigo el Sr. D. Armando Palacio. Dice así:

CANCION DE LA CAMISA.

I.

Con los dedos fatigados y gastados, los ojos velados y enrojecidos, una mujer cubierta con pobres harapos se halla sentada y moviendo sin cesar la aguja y el hilo. ¡Cose! ¡cose! en el seno de la miseria, del hambre y de la abyeccion. Y todavía su voz, con doloroso acento, entona la *cancion de la camisa*.

II.

¡Trabaja, trabaja, miéntras el gallo alza su grito á lo léjos! Y ¡trabaja, trabaja hasta que las estrellas brillen en el firmamento! ¡Oh! ¡qué vale ser esclava del bárbaro turco, allí donde la mujer no tiene alma que salvar, si este es el trabajo cristiano!

III.

¡Trabaja, trabaja, trabaja! hasta que el vértigo se

apodere del cerebro; trabaja, hasta que los ojos se cierren por el peso y oscurezcan la costura, el cuadrado y la tira; hasta que caiga dormida sobre los botones y pueda coserlos en un sueño!

IV.

Hombres que teneis madres y esposas. Hombres que poseeis hermanas queridas, ¡no es lienzo lo que llevais sobre los hombros, no, sino la sangre y la vida de criaturas humanas! Cose, cose, en el seno de la miseria, del hambre y de la abyeccion; co-siendo con doble hilo una mortaja á la vez que una camisa.

V.

Mas ¿por qué hablo de la muerte, ese fantasma de huesos repugnantes? No me infunde terror su pavorosa silueta; ¡harto asemejan á la mia su figura, los terribles ayunos que me martirizan! ¡Oh Dios! ¡será posible que el pan se halle tan caro y la carne y la sangre tan baratas!

VI.

¡Trabaja, trabaja, trabaja! Mi labor jamás descansa: ¿Y cuál es su recompensa? un puñado de paja por lecho, una corteza de pan y algunos andrajos; este lecho destrozado y este frio pavimento;—una mesa, una silla rota y un muro tan blanco y desnudo que á mi propia sombra doy las gracias por ocuparle en algun punto.

VII.

¡Trabaja, trabaja del uno al otro toque de campana! Trabaja, como el penado que expía un afrentoso crimen, hasta que la cabeza enferme y el corazón se hiele como la rendida mano.

VIII.

Trabaja á la opaca luz de Diciembre, y trabaja tambien cuando el cielo se muestre brillante y sereno,—miéntras bajo el alero de mi tejado cuelgan su nido las viajeras golondrinas para mostrarme sus atezadas plumas y arrojarme al rostro la primavera.

IX.

¡Oh! ¡Quién respirara el aliento embalsamado de la dulce y bullente primavera, con la bóveda celeste por cima de su cabeza y el menudo césped bajo su pié! ¡Oh! ¡una sola hora, una sola, para sentir lo que en otro tiempo he sentido ántes de conocer las angustias de la necesidad y lo que cuesta un pedazo de pan!

X.

Una hora tan sólo es, sin embargo, un respiro bien breve. ¡Ni un instante bendito siquiera para el amor ó la esperanza, cuando tan largo corre el tiempo para el dolor! Algunas lágrimas vertidas pudieran desahogar mi corazón; pero hace falta detenerlas en su amargo lecho, porque cada una de sus gotas entorpecería la aguja y el hilo.

XI.

Con los dedos fatigados y gastados, los ojos vela-

dos y enrojecidos, una mujer cubierta de pobres harapos se halla sentada y moviendo sin cesar la aguja y el hilo.

¡Cose, cose en el seno de la miseria, del hambre y de la abyección: y todavía su voz con acento penetrante y lastimero, para que pueda herir los oídos del poderoso, entona la *cancion de la camisa*!»

Hood ha tenido muchos imitadores. Conocidas las especiales tendencias de toda la literatura inglesa, puede decirse que éste es el poeta que mejor interpreta su espíritu. Le han secundado con gran acierto Carolina Norton, Isabel Barret y Carlos Mackay.

Tennyson, influido también por Shelley, sigue un rumbo que, sin ser el de Hood, no es enteramente contrario á él. Tennyson es el poeta de las emociones dulces y tiernas, de los sentimientos delicados, de la vida doméstica y de la naturaleza. Su tendencia social aparece, aunque no en primer término. Puede juzgarse de las admirables condiciones que le adornan, por un trozo de su obra maestra *Locksley-Hall* (El castillo de Locksley), que voy también á leeros y que está asimismo traducido por el señor Palacio. Escribió Tennyson esta poesía desdeñado por una linda jóven, prima suya, á quien él amaba, y que, cediendo á los ambiciosos cálculos de su padre, había contraído matrimonio con un mozo labrador de su país, dueño de cuantiosos bienes. Véase hasta qué grado llega la desesperación y el apasionamiento de Alfredo Tennyson.

«¡Oh, prima mía, corazón frívolo, amiga que has sido, y que ya no lo eres, de mi alma! ¡Desierto lúgubre y funesto! ¡Desnuda y árida ribera! Más falsa que todas las imágenes soñadas por la fantasía y que todos los cantos del poeta; juguete vil de las amenazas de un padre y dócil á su imperiosa voz.

¿Es acaso bueno desearte la felicidad? ¡Haberme conocido y descender por la escala de los más bajos sentimientos para caer en un corazón más ruin que el mío! Así ha de suceder: irás bajando día tras día hasta colocarte á su altura, y lo que es hermoso, muy pronto se convertirá en grosero y repugnante.

Á tal marido, tal mujer: te has desposado con un hombre rudo, y lo zafio de su naturaleza concluirá por hundirte en lo más bajo. Cuando las primeras fuerzas de su pasión se hayan agotado, él te estimará un poco más que á su perro y te amará algo menos que á su caballo.

¿Qué sucede? Sus ojos están pesados; no pienses que se encuentren turbados por el vino. Vé allá; es tu deber; dale un dulce beso; estrecha su mano entre las tuyas. Tal vez el señor se encuentre cansado y

su cerebro oscurecido. Distráele con tus caricias más delicadas y conmuévele con los más ingeniosos pensamientos.

Lo que él contestará fácilmente se comprende. ¡Oh, si mi mano pudiera darte la muerte! ¡Oh, si tú y yo pudiéramos, libres de este tormento del corazón, yacer el uno en brazos del otro en un último y silencioso abrazo! Malditas sean las exigencias sociales, que así desconocen la fuerza de la juventud. Malditas las sociales mentiras, que así nos ocultan la verdad viviente.

Malditas sean las fórmulas insanas, que tuercen y extravían las leyes de la naturaleza. Maldito el oro que dora la estrecha frente de los imbéciles.

¿Por qué te habré yo amado como ninguna mujer fué amada jamás?

¿Soy, acaso, un loco, para seguir amando lo que no me ha dado sino frutos de amargura? ¡Yo arrancaré este amor de mi pecho, aunque su raíz esté en mi corazón!

¿Dónde hallaré consuelo? ¿En la dispersión de los recuerdos del espíritu? ¿Llegaré, por ventura, á separarle de ella misma y á amarla tierna y afable como la he conocido?

Yo recuerdo una mujer que ha muerto, dulce en sus palabras y movimientos. Tal como se presenta á mi memoria, ¿no fuera posible verla ni amarla? ¡Pluguiera al cielo que yo la creyese muerta y la amara con el amor que supo inspirarme! No, no... jamás me amó esa mujer. Amar es amar eternamente!

¡Resignación! ¡Resignación que ha despreciado Satanás! Los poetas cantaron con verdad que el dolor tiene por corona el recuerdo de los instantes felices... Embrolla y confunde tus recuerdos para que no asalten y estremezcan tu corazón en la noche fatal de la muerte, cuando la lluvia caiga sordamente sobre el techo.

Él caza como un perro en sus ensueños, mientras tú contemplas la pared donde la moribunda luz chisporrotea y donde las sombras aparecen y se extinguen velozmente. Entonces una mano pasará sobre tí y te mostrará su sueño de borracho, viudas ya las almohadas de tus bodas y las amargas lágrimas que has de verter.

Escucharás el ¡jamás! ¡jamás! que pronunciará el fantasma de los felices años, y un cántico de otros días volverá á sonar en tus oídos, y unos ojos te

turbarán trayéndote el recuerdo de aquel antiguo amor en medio de tus penas... Vuélvete, vuélvete sobre la almohada: torna si puedes á conciliar el sueño.

La naturaleza tan sólo te traerá la paz con el gemido de una tierna voz.

Es una vida más pura que la tuya. Unos labios apagarán tu amargo dolor: unos labios infantiles se burlarán de mi, y mi pequeño rival te otorgará el reposo. Los dedos de un niño, tiernos y blandos como la cera, me arrancarán del pecho de la madre!

Mas ¡ay! El niño cubre también al padre con unas caricias que no merece.

La mitad es tuya, pero otra mitad suya es.

Será digno de los dos.

¡Oh! Te veo próxima ya á la vejez, desempeñando tu vulgar papel, con una corta provision de máximas que tratas de inculcar en el alma de tu pequeño.

«Los sentimientos son guías muy peligrosos en la vida.

Yo misma no estuve exenta de tales peligros.

¡En verdad que he sufrido mucho!»

Perece, sí, en el desprecio de ti misma...

Triunfa de tu corazón...

Desciende más aún...

¡Sé feliz! ¿Qué me importa?

Preciso es que yo me entregue al torbellino de la vida para que no me consuma la desesperación.

¿A dónde volveré los ojos en estos días?

Todas las puertas tienen cerrojo de oro y necesitan llaves de oro para abrirse

Todas las puertas se hallan obstruidas por una turba de pretendientes. Los mercados atestados de mercancías... Yo no poseo más que una fantasía colérica.

¿Para qué les he de servir?

Yo hubiera sido dichoso muriendo sobre la arena del combate, cuando las filas se hallan envueltas por el humo denso de la pólvora y los vientos transmiten en su seno el ruido pavoroso del cañón.

Mas el metálico sonido de las guineas cura hoy las heridas del honor, y las naciones no hacen otra cosa que gruñir de vez en cuando la una á los talones de la otra.»

Tennyson ha tenido y tiene también gran número de imitadores. Él, además, no ha dicho todavía su última palabra, y desde el fondo de su tranquilo retiro, en la isla de Whygt, prodiga las inimitables

bellezas que le han conquistado ya un nombre impercedero.

La mayor parte de los discípulos y continuadores de Tennyson son también mujeres, y este es un rasgo peculiar de la literatura inglesa, que merece ser notado por los que todavía consideran á la mujer como incapaz de levantar su espíritu á ciertas regiones ó de contribuir desde elevada esfera al desarrollo de la cultura humana.

NOVELA.

La aparición efectiva de la novela en la literatura inglesa se verifica después de la República y antes de la Revolución de 1688 con el *Hudibras* de Butler, y en el desenvolvimiento de este género se advierte la grande influencia ejercida por el *Quijote* de nuestro Cervantes, que evidentemente inspira el *Hudibras* y las obras de Smollet y Sterne, escritas algún tiempo después de publicada aquella.

Hoy la novela tiene en Inglaterra una preponderancia incontrastable. Si la prensa, se ha dicho allí, es el cuarto poder del Estado, la novela es el quinto. Constituye el género literario más popular, más universal, porque lo abraza todo en su desarrollo, y más social por la influencia directa que ejerce en la legislación y en las costumbres, la cual es tan activa, que podrían señalarse progresos muy señalados en estas esferas, debidos á la propaganda de los novelistas. El nombre de Harriet Beecher Stowe y el título de su obra *La cabaña del tío Tomás*, se hallan tan indisolublemente unidos á la abolición de la esclavitud, que no hay quien niegue á aquel sentido relato una gran influencia en la consecución de este ideal generoso y nobilísimo.

Como un efecto de tal carácter, enlazado con los fines generales de la literatura inglesa en la época presente, á la novela la distingue su índole moralizadora y propagandista; se le pide que enseñe y difunda las verdades sociales, que instruya y eduque á las masas en la idea de su derecho y á las clases elevadas y gobernantes en la de su deber, y que, antes que al deleite común, procure contribuir á la reforma y mejora de la economía social, con el propósito de que el bien del mayor número se realice, ensanchándose cada día más la esfera de los beneficiados y aumentando á cada paso en calidad el bienestar distribuido.

A medida que avanzan por semejante camino los novelistas, van olvidando lo que constituye el elemento artístico de este género y posponiéndolo al elemento político.

Walter Scott, Cooper y Bulwer cuidan con singular esmero en sus obras la trama que las produce, la descripción de situaciones, la pintura de caracteres y los retratos de sus personajes, que, sobre todo en el último, son modelos acabados,—recuérdese el

Gui Darrell de *¿Qué hará con ello?*;—pero al desaparecer estos escritores ilustres, ó ambos elementos se conciertan, como sucede en Dickens, ó desaparece el primero para dejar completamente el puesto al segundo, como se observa en las obras de Reynolds, Georges Eliot, etc., donde predomina el fin político con menoscabo del arte, y se acentúan cada vez más las tendencias democráticas, republicanas y socialistas de la novela.

Esta base puede darnos una clasificación de los novelistas ingleses en la época contemporánea. Dentro de ella hay que colocar en primer término á los tres ya citados, Walter-Scott, Cooper y Bulwer. Inmediatamente después de éstos, aunque sus méritos lo coloquen á la misma ó mayor altura, se encuentra Dickens, socialista, pero no revolucionario; que anhela reformas, pero que no excita su realización por los medios violentos, y que, aún subordinando á la propaganda de estas doctrinas el género que cultiva, conserva y embellece las formas artísticas en todas sus obras. Wilkie Collins, autor de un admirable libro, *El vestido blanco*, y escritor de los que hoy gozan mayor prestigio, sigue á Dickens y puede decirse que forma á su lado.

Aparte de ellos y de los que más adelante enumeraremos, constituyendo un grupo especial, están Thackeray y Disraeli; ambos cultivadores de la novela política, ambos escritores satíricos y ambos dedicados á defender, en medio de esta literatura tan reformista y tan revolucionaria, un sentido eminentemente conservador.

Reynolds, Hawthorne, Georges Eliot continúan la obra de Dickens; pero prescindiendo, como he dicho ya, casi por completo, de los elementos artísticos á que deberían rendir algún culto. Las obras de estos escritores obtienen asombrosa circulación. Reynolds publica un periódico, y al poco tiempo reparte 320.000 ejemplares. De la novela de Harriet Beecher Stowe se agotan en dos años un millón de ejemplares. La literatura ya no es cuestión de arte, dice M. Odysse, sino una cuestión política y social.

Además de este género de novela, en que debe incluirse la mayoría de las que se publican, hay otros géneros que merecen alguna atención. El de la novela moral y religiosa es uno de ellos, y no porque tenga importancia intrínseca, ni porque las obras que ha producido sean obras de primer orden, nó, sino por la singular y extraordinaria acogida de que gozan estas producciones. Miss Yonge, autora que descuella entre los que cultivan este género, pudo comprar con el producto de su primera novela un navío, que destinó á las misiones de Africa y Asia; su segunda novela le produjo 50.000 francos.

La novela de la vida mundanal tiene también bastante éxito. Las obras de Trollope, que es el corifeo

de esta sección, han sido recibidas con aplauso. Pero es mayor el que se prodiga y el que merece la novela del *sport*, que M. Odysse no examina tan detenidamente como fuera de desear, y acerca de la que son muy dignos de consultarse los estudios hechos por M. Th. Bentzon. Esta clase de obras ilustra el conocimiento de la vida inglesa respecto á una de sus fases más importantes, más íntimas y que más contribuyen á revelar las cualidades que caracterizan á esa nación, por tantos títulos digna de ser estimada. La novela del *sport* ha producido algunas obras notables. Las de M. Whyte Melville deben colocarse entre ellas, y principalmente *Kate Coventry*, que no sólo llena de una manera cumplida las exigencias del género á que pertenece, sino que ha servido al autor para describir, y describir con acierto, el carácter de «la joven excéntrica,» que tiene un puesto muy definido y numerosos modelos donde ser copiada, dentro de aquella sociedad.

Por último, enumerar y clasificar este género literario sería una tarea interminable, para la que se necesita indudablemente disponer de volúmenes enteros. La novela inglesa ha adquirido un desarrollo tan prodigioso, que puede dudarse fundadamente de que jamás, y en nación alguna, hayan existido gérmenes más fecundos y vigorosos que los de este género literario. Un detalle muy significativo bastará para que quede comprobada la exactitud de este juicio. La fecundidad de los novelistas ha hecho tan estéril el ingenio de los que á imitarlos se aplican, que á estas fechas se encuentran agotadas todas esas frases, combinaciones de nombres, etc., más generalmente adoptadas para epígrafe de los libros de esta especie. Ya no hay títulos. Los escritores han tenido que apelar al empleo de otras frases más extensas y ménos significativas, á fin de distinguir sus novelas de las que han visto la luz pública ántes de ahora. Esto explica que una de las más recientes se titule: *Roja, como una rosa*; y otra: *¡Adios, amada mía!* siendo estos mucho más propios y significativos que otros que podrían citarse como verdaderos modelos de extravagancia.

HISTORIA.

Al llegar á este punto, M. Odysse Barot hace un pequeño resumen tan claro, tan exacto y tan comprensivo, que basta á mi objeto leerlo á los señores socios, seguros de que les suministrará una idea fiel de lo que es en este punto la literatura inglesa.

«Después de la novela, dice, y en la misma línea, es la historia el género literario que ocupa el primer puesto en la literatura de estos últimos cuarenta años. Y no es fácil decidir si por la importancia de sus resultados, los efectos de su acción, el número de obras maestras y de grandes escritores

que ella ha producido, será justo asignarle un puesto preponderante en absoluto.

Los dos géneros, novela é historia, no son, por otra parte, tan desemejantes como se podría creer á primera vista. Ambos tienen el mismo objetivo, el estudio del hombre, que es el gran objetivo de nuestro siglo. Si uno se refiere con preferencia al hombre individualmente considerado, el otro examina y diseña las colectividades humanas. La novela es la historia de los individuos: la historia es la novela de los pueblos. Esta afinidad entre uno y otro género aparece hasta en el lenguaje. La palabra *Story* designa al mismo tiempo una ficción y un relato histórico.

La novela no ha dejado de analizar ninguno de los sentimientos del alma; la historia ha llevado su espíritu de investigación á todos los problemas del pasado, desde las edades más remotas hasta las épocas más recientes. Ha escudriñado todos los misterios y destruido los errores más inveterados; ha esparcido la luz y la verdad por todo el mundo, aclarado los hechos más oscuros, y reconstituido los anales de todas las naciones. No hay pueblo antiguo ó moderno, siglo ni período, que no hayan tenido sus historiadores.

Es cierto que la Francia y la Alemania en estos últimos sesenta años han hecho dar un gran paso á la ciencia histórica; acaso, sin embargo, no podríamos oponer á la Inglaterra contemporánea un conjunto tan vasto, una biblioteca histórica tan completa como la suya.

Hallam restablece la verdad para juzgar á la Edad Media y el feudalismo; Grote, Thirwall, y, en época muy reciente, Cox, se consagran á serias investigaciones acerca de la antigüedad griega, mientras que Jorge Cornwall Lewis, y Arnold continúan, el primero combatiendo y el segundo defendiendo los trabajos de Niebuhr sobre la antigua Roma, y mientras que Carlos Merivale rehace la historia de los romanos bajo el imperio. Palgrave investiga los orígenes de Inglaterra. Macaulay, con la elocuencia de su estilo y la altura de su ingenio, refiere, dándoles un carácter acentuadamente dramático, las páginas brillantes ó sombrías, las luchas y las revoluciones de su patria. Los americanos Prescott y Ticknor, queriendo pagar á España la deuda del mundo que ella descubrió, estudian la Península, el primero en el apogeo de su grandeza política, y el segundo en su grandeza literaria.

Motley estudia las provincias unidas y sus combates por la independencia; Bancroft, la América y la epopeya maravillosa de su fundación y de su poder; Carlyle, la Alemania personificada en Federico el Grande, y la Francia encarnada en los héroes de su revolución; Buckle, en fin, Guillermo Drapper y Bagehot inauguran la verdadera filosofía de la histo-

ria, y piden, los dos primeros á la geología y el último á la fisiología, el secreto de las leyes que presiden al desenvolvimiento de las sociedades y al progreso de la civilización.»

En esta larga lista de nombres ilustres, Hallam descuella á grande altura. Sus trabajos han contribuido de una manera poderosa á juzgar con exactitud la Edad Media. Antes de Hallam pintábase ese revuelto período de la historia de Europa como una larga noche para el espíritu humano, un paréntesis para el progreso, una época, en fin, de inanición y de muerte para la cultura europea. Hoy se conoce ya con más exactitud ese período y se le puede juzgar con entera justicia. Su estudio prueba que en el progreso humano no hay paréntesis, ni para la civilización reposo, y que el mundo no ha cesado de adelantar un solo día.

Lord Macaulay y Carlyle son dignos también de mención especialísima. El primero de ellos nos ha suministrado un nuevo concepto de la historia. «La historia, ha dicho, es un compuesto de filosofía y de poesía.» Sus obras, muy conocidas y recordadas con admiración, desenvuelven ese concepto. Carlyle, que ha seguido sus huellas, y aún superádole á juicio de algunos críticos, deja en la *Historia de la revolución francesa*, y más todavía en la de *Federico el Grande*, brillantes muestras de su elocuente ingenio. El poeta y el filósofo se combinan en una y otra para producir el historiador, según el tipo de lord Macaulay, elevando este tipo á una altura extraordinaria. M. Odyse Barot incluye en el apéndice de su obra algunos trozos de Carlyle, que yo os leería si el temor de dilatar mucho este pesado análisis no fuera superior á mi deseo. A no vedármelo una consideración análoga, discurriría aquí más extensamente sobre Carlyle, utilizando el gran número de trabajos que la crítica moderna ha consagrado á este escritor, y especialmente los de Taine. A ellos pueden, sin embargo, acudir los que deseen ilustrar sus conocimientos relativos á este punto.

PRENSA PERIÓDICA.

No el cuarto, sino el primer poder del Estado, debe llamarse á la prensa en Inglaterra; porque como órgano el más genuino de la opinión, dentro de un pueblo en que dichosamente la opinión gobierna, nada hay que pueda contrastar su influjo. ¿Merced á qué condiciones ó circunstancias se ha producido esto? Hé ahí lo que importa esclarecer, y el autor del libro que examino lo esclarece en breves consideraciones.

La prensa inglesa debe su autoridad y su prestigio á la libertad de que goza, de un lado, á la cultura de los que profesan su noble ejercicio, de otro.

Con esa libertad definitivamente conquistada y

asegurada en época próxima todavía, ha adquirido el periodismo un gran desarrollo y una gran altura. No detienen su marcha progresiva ni disposiciones fiscales (timbre), ni límites políticos. Lo sabe todo, todo lo refiere, todo lo comenta, todo lo discute y lo analiza, sin miedo á que su propaganda, y su acción perturben el orden, sólidamente asegurado por la práctica escrupulosa de la ley, ó desprestigien las instituciones basadas en algo más noble y más alto que la opresión, el temor y el silencio.

La independencia del escritor está garantida allí por las leyes y por la costumbre. Por las leyes, como un resultado de la libertad general; por la costumbre, en cuanto no se admite ni ha logrado desenvolverse dentro de aquella sociedad un género de periódicos harto conocido por desgracia en los países latinos: el periódico oficioso que debe su existencia á los recursos que un gobierno le procura y que jamás sabe llenar otra misión que la de defender á ciegas el pensamiento de su patrono, envenenando por exceso de celo las cuestiones más delicadas, y contribuyendo á la decadencia de cuanto hay de noble, levantado y generoso en este fecundo ramo de la literatura contemporánea. El sentido público, que no se equivoca jamás y que desdeña los juicios de estas publicaciones, aplaude y busca cuanto lleva el sello de la independencia: así se explica que el periodismo inglés haya conquistado el éxito que todos le reconocen y que algunas ligerísimas excepciones no bastan á impedir. M. Odysse Barot escribe de estas cosas en una sociedad harto parecida á la nuestra bajo el punto de vista que examino, y su crítica es en esta parte tan sentida como enérgica y elocuente.

Después de esa rápida ojeada de las condiciones externas que facilitan el desenvolvimiento de la prensa inglesa, hay que venir á sus condiciones internas. La primera de ellas, la más notable acaso, es la que nace del éxito mismo que ha obtenido. Empresas ricas y florecientes encargadas de la publicación de los diarios más autorizados pueden mantener una redacción numerosa é ilustrada. La profesión del periodismo basta allí á satisfacer las necesidades de los que la adoptan, y aún á procurarles ese grado de bienestar indispensable para el hombre que dedica su vida á las nobles luchas de la inteligencia. Así, el periodista puede educarse, ilustrar su inteligencia y preparar su espíritu de una manera conveniente para atender á las exigencias del género literario que cultiva, que son harto numerosas, más de lo que la generalidad suele creer. A este conjunto de circunstancias únese la división del trabajo, base práctica y posible de toda empresa que quiere producir; á ninguna clase de esfuerzos aplicada acaso con éxito tan seguro como á esta de que ahora me ocupo. Merced á todo ello,

alcanza en Inglaterra este cuarto poder del Estado un lugar preeminente. Y lo sabe utilizar. No hay prensa en el mundo que pueda ponerse á la altura de la Gran-Bretaña, cuando se trata de designar la que más acertadamente realiza su alto ministerio. «*El periódico se escribe para sus lectores;*» este es, sin duda alguna, su lema. El periódico se escribe para sus lectores, para el país, para ese conjunto anónimo cuyo deseo y cuyo pensamiento forman la opinión, y no para los excasos y fanáticos adeptos de un partido ó para las redacciones de los demás diarios, lo que es peor y suele ser más frecuente. El periódico serio no está llamado, ni á desatender los intereses del país ocupándose sólo de frivolidades de mal gusto, ni á redactarse para mantener una polémica constante, nimia y trivial en la mayor parte de los casos, personalísima y hasta inculta en algunos de ellos, con sus demás colegas. Nosotros hemos importado del periodismo francés el modelo á que en España se sujetan la mayoría de las publicaciones de esta clase, y hay que convenir en que á sus muchos defectos hemos agregado algunos otros, consiguiendo llegar en este punto á un estado harto deplorable.

Para mantener con éxito cierto carácter en la prensa periódica, para hacer de un diario un batallador constante y un polemista ardoroso é infatigable, se necesita ser un Girardin, y, aún siéndolo, muchas veces llegaría á producirse con enojosos debates el hastío del público. Este lo que quiere es conocer por momentos las diversas fases que en lo político, en lo económico, en lo artístico ó en lo científico presenta la sociedad en que vive; y no da más á sus lectores, puntual y fidelísimamente, la prensa inglesa, dentro de la que cada diario se manifiesta siempre más decidido á convencer á sus abonados y al país de la bondad de sus opiniones, que no á disertar sobre ellas con el que piensa acerca de las mismas de una manera diametralmente opuesta; trabajo aquel práctico y positivo con el que gana siempre mucho la opinión, aunque pierdan bastante los aficionados á esas contiendas personales, escándalo de toda persona de mediana cultura social.

Por lo demás, en cuanto á la forma de este género de publicaciones, habremos de observar que la mayor parte de los diarios, así de Lóndres como de los condados y las ciudades de provincia, no consagran á las cuestiones políticas de Inglaterra ó del extranjero la mayor parte de sus columnas. La bella literatura, la ciencia, la industria, el movimiento económico y comercial, los intereses generales del país absorben casi toda su atención. Unido esto al extraordinario desarrollo de los periódicos especiales, se ve desde luego que Inglaterra ha comprendido bien la misión de la prensa.

Las revistas semanales, ó bien las que aparecen

por quincenas, meses y trimestres, han adquirido un grado de extraordinario desarrollo en provecho y como muestra de la difusión y elevación constantes de la cultura general. De este género de publicaciones podríamos citar gran número. ¿Quién no conoce la *Saturday Review*, *The Athenaeum*, *Quarterly Review*, *Arth Journal*, *Edimburg Review*, *Westminster Review* y tantas otras cuya autoridad es europea?

En cuanto á los periódicos políticos diarios, no puede hablarse de la prensa inglesa sin citar *The Pall Mall Gazette*, *Daily-News*, y, por último, *The Times*, el más acreditado de todos, si bien no el de más circulación. *The Times* se publica desde 1788, y para juzgar de su próspero estado, no es necesario recordar más que tiene establecido en París, para su exclusivo uso, un servicio telegráfico cuyo coste se evalúa en la suma de 200.000 francos por año, y que hace muy poco tiempo ha contratado con una empresa de ferro-carriles el envío diario de un tren á provincias, que podrá repartir sus alcances y últimas noticias tres horas ántes que los periódicos que se confeccionan en las localidades que ha de recorrer el expresado tren.

Una última observación: la vida de la prensa inglesa no está concentrada en la capital. El número de periódicos políticos diarios que ven la luz en Londres es de 13, y el de los que se publican en provincias asciende á 108. Algunos de estos, sobre todo en Manchester, Birmingham y otros centros comerciales, pueden competir, bajo cualquier aspecto, con los de Londres.

Para terminar esta serie de notas, diré con M. Odysse Barot, que, «en ninguna parte del mundo, ni en Alemania, ni en América, puede ofrecer la prensa periódica un conjunto tan completo ni un florecimiento tan magnífico. La prensa inglesa, bajo sus diversas formas de diario y revista, debe ser considerada como la primera del mundo entero.»

Voy á terminar: Considerada en su conjunto la literatura contemporánea de Inglaterra, después del ligero análisis que acabo de hacer, bien puede afirmarse que tiene una importancia efectiva, y que negarle un puesto de primer orden sería injusticia evidente. Esa importancia la debe á sus condiciones internas, á su fecundidad maravillosa y á la alta representación que puede conferírsele, simbolizando, como simboliza, el espíritu revolucionario, reformador y democrático de nuestro siglo. Y es digno de notar, para explicarse de qué portentoso modo se cumple en la historia la ley del progreso, el hecho de que haya nacido, crezca y se desarrolle una literatura que tales tendencias afecta en el seno del más conservador y práctico de todos los países. Allí, donde la tradición recibe culto constante,

prospera una literatura que tiende á alterar las más antiguas instituciones sociales; allí, donde la monarquía se encuentra tan arraigada y estable, progresa una literatura republicana; allí, por último, donde existe un pueblo profunda y seriamente religioso, que ha tratado siempre como de asuntos de gran valor los que con esta esfera de la vida se relacionan, vive y difunde sus doctrinas una tendencia filosófica cuya lógica y necesaria conclusión es el desconocimiento, y el olvido, y la censura de todas las religiones. Si no por otra circunstancia, cuando ménos por el estudio de estas luchas que agitan aquella sociedad, sería digna de apreciarse y de conocerse con más detenimiento que yo lo acabo de hacer la literatura contemporánea de Inglaterra.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

Congreso geográfico de Paris.

En una Memoria que ha leído el coronel E. Bogdanowith en el Congreso geográfico de Paris, ha desarrollado su proyecto sobre un ferro-carril que uniese la Europa con Asia. Esta línea responde á las exigencias é intereses de la civilización. China está separada de Europa por desiertos, que son obstáculos que solamente pueden vencerse por la construcción de un ferro-carril. No obstante su extensión, la línea se presenta con las condiciones de rendimiento que forman la base de toda grande empresa. Todo el mundo conoce las riquezas que encierra el suelo de la Siberia y del Oural con sus productos metalúrgicos. El trazado que propone el coronel E. Bogdanowith tiene por punto de partida Nijni-Novgorod, y pasa por Kazan, Ekaterimbourg, en dirección á Tioumen y Omsk, y prolongándose por Kainsk hasta Tomsk, centro principal del comercio y de la industria de la Siberia occidental. De Tomsk iría á Yrkoustsk por Kansk y Nijni-Udinsk. Más allá de Iakustsk, la línea toma carácter exclusivamente internacional. En atención á las dificultades que ofrece el paso de la cadena de las altas montañas Khingham, en su parte septentrional atravesada por el Amor, necesitase elegir otro paso por el Mandchouria y dirigir la línea de Iakustsk á lo largo del camino de Baikal á Verhonoudinsk, por el valle de Selenga. Desde aquí, la mejor dirección que puede seguirse hasta Pekin es la de Tchita y Dolon-nor. La longitud de la línea desde Nijni-Novgorod hasta Pekin sería de 7.160 kilómetros, 6.000 de éstos dentro de territorio ruso. Examinando de cerca esta grande obra, se ve que los obstáculos son más imaginarios que reales. La primera parte, hasta Tomsk, atraviesa una estepa perfectamente nivelada. Los rios que hay que atravesar más allá de esta estepa tienen mediana anchura, y la altura mayor del trayecto es de 1.150 metros en el lago Baikal. En quince años, Rusia ha empleado más de seis mil millones en la construcción de 24.000 kilómetros de ferro-carril, y no le costaría muchísimo trabajo obtener los dos ó tres mil millones para la ejecución de esta gran línea de interés internacional.